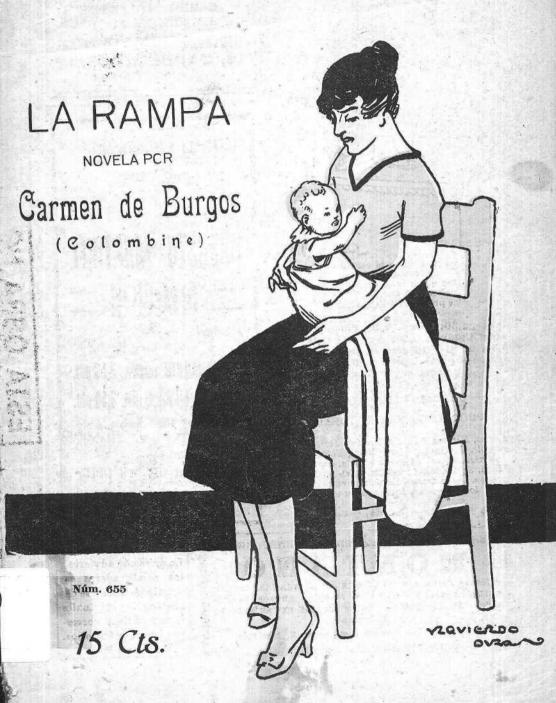
# Los Contemporáneos





Una cosa es la escultura y otra cosa agricultura; mas quien bella dice ser, enaltece sin querer los productos PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2.50; Agua Cutanea, 5,50; Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

### **ULTIMAS CREACIONES**

PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa. Ginesta, Rosa de Jerico, Admirable, Matinal, Chipre, Rocio Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín. Jabon, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hormanes. - (Sarriá). - Barcelona.

### FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS GUANTES GENEROS DE PUNTO

ELEGRACIA, SURTIDO Y ECO. JOMÍA 12, CAPELLANCS, 12

### Obras últimamente

:-: publicadas

DΕ

# RUGUSTO MARTINEZ

== OLMEDILLA :

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts. Tentro de Marionetas, 3,50 pts. El Mal Menor, novela, 4 pts.

De venta en las principales librerías.

Además de los pianos de esta acreditada fabricación, participa al público haber recibido nuevos de Rönisch, de Alemania, y otras marcas extranjeras en autopianos.

Calle de San Bernardino, núm. S, Madrid.

<u> 1888 | 1884 | 1884 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885 | 1885</u>

La dirección advierte a los colaboradores espontáneos queno se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia sobre ellos.

11 Agosto 1921

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

R-7470-A

## RAMPA

A toda esa multitud de mujeres desvatidas y desorientadas, que han venido a mi, preguntaudome que camino podrian tomar, y me han hecho sentir su tragedia.

«COLOMBINE»

Era todos los días un sacrificio subir aquella sucia escalera que conducía al restaurante.

A fuerza de verse alli se había establecido una especie de camaradería entre la mayor parte de los comensales; pero una camaradería casi hostil, aunque trataba de parecer afectuosa.

PRESTA

Sentian todos una especie de molestia por la pobreza que revelaba el asistir a los comedores de a peseta el cubierto, por abono.

—No sera ningún potentado cuando viene aqui—solfan repetir ante la petulancia o falta de espontaneidad de algún nuevo; y este concepto, que existía en todos contra cada uno de ellos, los molestaba, les hacía odioso el testigo, y la mayoría evitaba el darse a conocer. Era muy enojoso encontrare luego en la calle, y que en un momento dado uno pudiera decir, señalandoles:

—Ese come en el restaurarte de Babilonia.

Isabel y Agueda, al salir del Bazar donde estaban empleadas, apretaban el paso con el desco de llegar pronto para aprovechar el poco tiempo que su trabajo les dejaba libre y para que no se hubiesen acabado los mejores platos, los que más llenaban, que eran los que solían pedir todos. Sabían que no debían temer a las sobras, porque las pequeñas raciones se consumían ávidamente y hasta rebañaban los platos de tal modo, que podía prescindirse de los pinches a poco tra-

No era la concurrencia popular, francamente, que va a la taberna y a la casa de comidas para atracarse el plato de judias blen guisado y el suculento trozo de carne, y que hace fiesta del rato de bienestar que la proporciona la comida. Era la concurrencia yergonzante de la clase media, deseosa de aparentar una situación que no tenía y que se esforzaba por vestirse y presentarse con más iujo del que podían costear, tomando aires de gente acomodada y haciendo un axioma de la ruinosa frase, en la que había puesto el egoísmo de todos un triste fondo de verdad: "Según se presenta uno, así lo mi-

La mayoría de los comensales la formaban empleados de poco sueldo, dependientes de comercio, oficiales de escasa graduación, estudiantes y soldados de cuota. Mujeres iban menos. La poca participación de las mujeres en la vida pública, esa especie de temor justificado de la promiscuidad que la recluye en el hogar, hacía que su asistencia al restaurante fuese escasa.

Las pocas que iban se hallaban allí en situación difícil. Aunque carecían de vinos generosos y de manjares opiparos, reinaba siempre esa galantería de mal gusto que, a pesar de su imprudencia e inoportunidad, se ha dado en llamar española, como si fuese uno de los rasgos típicos que más nos honran. Casi todos los hombres consideraban indispensable aquella grosería, disfrazada de galante, frente a toda mujer joven, viniese o no a cuento. Todas, por preocupadas y ajenas a ellas que estuviesen, tenían que aguantar las miradas, los suspiros, las audacias y las inconveniencias de aquellos hombres extraños y desconocidos, que sistemáticamente se babían hecho un deber de galantearlas.

Los más asiduos al restaurante, los viejos en la casa, parecian tener ya una especie de propiedad; se les guardaba su mesa, y eran ios que más hablaban, gritaban y se permitian chistes y palabrotas, abusando de la pacifica digestión de los demás. A los dos días de pasar al lado de uno de estos grupos,

ya saludaban con gran confianza, como si se hubiese establecido entre todos un compañe-

rismo casi forzoso.

Iban los camareros de uno a otro lado, hablando familiarmente con los parroquianos, intervinteudo en las conversaciones y permitiéndose chistes y confianzas con los más tímidos, a los que bacían todos blanco de sus burlas para arrancar la risa y el aplauso de los mai intencionados.

—Tratamos el público a patós—soltan decir, alabandose—, y siempre están los comedores llenos. La peseta, la ver donde ven

dores llenos. La peseta. ¿A ver doude van a ir? Aquella seguridad les hacía ser altaneros y desconsiderados con los que no les daban propina. Se conocía a los más dadivosos en

la amabilidad que usaban con ellos los camareros al ofreceries la lista impresa de las dos docenas de platos que componían el menú y por las indicaciones confidenciales hechas en voz baja;

--Hoy las mollejas de ternera están su-

periores.

—Esas pescadillas no son para usted.

—Le he reservado naranjas, porque no hay más que esas, y las peras estáu agrias.

Con los que no daban propina eran menos atentos; les hacían esperar largos ratos viendo pasar ante ellos los manjares que iban a las otras mesas, y eran vanas todas sus

quejas y reclamaciones.

Las dos amigas no encontraron sitio en el comedor más pequeño, el más interior, que, a pesar de ser sórdido y maloliente, preferían por su mayor independencia, pues todos entraban allí un poco a hurtadillas, procurando no hacerse notar y pasar perdidos entre la multitud.

Un camarero guió a las jóvenes hasta una mesita desocupada en el fingulo opuesto al mostrador; tuvieron que atravesar entre todas aquellas gentes, que sispendían la comida para mirarlas con procacidad manifiesta. Un gallego lanzó un suspiro ruidoso que repercutió en todo el salón, y otro jovencito murmuró al ofdo de Isabel un vulgar piropo. Colocadas en aquel sitio, frente a la promiscuidad del salón, sintiendo, sin verlas, las miradas de todos fijas en ellas, Isabel desenvolvió lentamente la servilleta, mientras Agueda miraba la lista.

- Lo de todos los días! ¿Qué prefieres?

Elige lo que te parezca. Me da igual. La joven volvió a leer la lista de los platos. Sentía como una desconfianza instintiva de que la carne fuese carne y el pescado pescado y no se verificase en el fondo de aquellas cocinas misteriosas una sustitución como esas de los circos, que con un truco secreto hacen parecer vino al agua, o figurar huevos con bolas de algodón.

Chando algún camarero habiaba de el cocinero, no se concepía que todo aquello lo hiciera un solo hombre, y que hubiera cantidad bastante de alimentos para satisfacer a todos los que iban a comer sin previo aviso. Se les aparecía como un Jesús milagreso, multiplicando las cosas y envolviendolas en aquellas saisas de harina, de diferente color e igual sabor, que caracteriza la universalidad de las salsas de restaurante en todo el mundo.

No tardo mucho Agueda en hacer el ment, como si convencida de la falsadad de todo, tratase sólo de salir del paso: un par de huevos, pescadillas a la vinagreta y in filete con patatas; por escaso que fuese todo, acompañado de pan, vine y postre, era inconcebible que lo pudiesen dar; auugue todo ta viera igual sabor y dejase sin satisfacer ver daderamente el apetito como cosa finconsistente y fragil. Mas, a pesar de sos ventajas, era preferible para una mujer comense un pedazo de pan y queso en medio de la calle, que sufrir todas las impertinencias que habían de aguantar en esa promiscafilad forzosa.

No iban allí las mujeres felices, sino las pobres mujeres que trabajaban y no tenían el refugio del hogar. Eran las mujeres lo más triste de aquel comedor, lo más sombrío; se las vefa como escondidas en los rincones, amedrentadas y llenas de cortedad. En los hombres había sólo miradas de suficiencia, de confianza en su fuerza; ellas, con la cabeza metida en el plato, parecía siempre que estaban comiendo su última peseta, y ponían algo de la tristeza de los comedores de los asilos en la sala del restaurante.

Las conversaciones de las mesas cercanas estaban llenas de insinuaciones dirigidas a ellas. El gallego hablaba alto, para que lo oyesen, y de vez en cuando soltaba uno de aquellos ruidosos suspiros que repercutan en

toda la estancia.

Apenas habían empezado la comida las dos jóvenes cuando un caballero vino a sentarse junto a ellas. Era un señor alto, delgado, vestido con corrección, que representaba unos cincuenta años. Antes de sentarse sacó el pañuelo, limpió la silla y se levantó cuidadosamente los largos faldones de un chaquet, luciente de cepillo y sin ninguna mancha.

Después saludó a las dos vecinas de mesa

\*

Después saludó a las dos vecinas de mesa con una reverencia respetuosa, y con la servilleta sacudió el polvo del mantel a todo su alrededor, y limpió los vasos, los platos y los cubiertos.

-¿Qué vá a ser, don Antonio?-pregunto

el camarero.

—Huevos fritos—repuso sin vacilar—. Pero le suplico que sean fritos para mí..., bien fritos..., en mucho aceite. Yo no he entrado jamás en la cocina, que no es este menester propio de hembres; pero se me alcanza a mí como se deben freir los huevos. Es un arte perfecto.

El camarero se alejó riendo, con un gesto que daba a entender: "Es un chalado."

—¿Todavía no han servido a usted?—pregunto a don Antonio un hombre de rostro rubicundo, alegre y comunicativo, que estaba en la mesa cercana, con el deseo de entablar conversación.

-No, señor mio.

-Es desesperante esto. Hace media hora que he pedido café.

—Yo no me impaciento. Es mejor que tarden; señal que no estaban fritos de antemano.

- Vaya usted a saber! Pero... ; Camare-

ro...! ¡Camarero...! Hijo gestan plantando ahora el café? ¿Cuantos años tardara?

Pertenecia al grupo de los eternamente descontentos que lo hallan mal todo, como si quisieran dar a entender... con su disconformidad, que ellos sen superiores al medio soportado accidentalmente.

Como un contraste, en otra mesa, a espaidas suyas, sonaba un coro de alabanzas.

--: No os aseguraba yo que aqui comeríais muy bien?-decia un teniente que había invitado a dos provincianos.

—i Es maravilloso !

- ¡ Abundante!

--- Esta carne esta exquisita!

-; Yo estoy satisfecho!

Respondían ellos sin cansarse de alabar aquella baratura, que era un nuevo encanto de Madrid.

-Es como en el hotel Inglés-afirmo con aplomo el teniente... Esto no se encuentra

más que en Madrid... En España.

Don Antonio babía sopado reposadamente los huevos fritos, y esperaba su segundo pla-to, haciendo con la servilleta la figura de un busto con el cuerpo envuelto en un manto y la cabeza rodeada por un turbante. Mientras hablaba distraídamente, como si él también cumpliese un deber de galantería con sus vecinas de mesa. Parecía interesarse por sus ocupaciones, por sus trabajos; les debia dar mucho que hacer el Bazar; días que apenas se sentarían desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, sin más descanso que las dos horas para comer, que no daban tiempo de nada. Y en su galanteria caballeresca, el buen viejo lamentaba que la mujer, nacida para ser amada, tuviera que luchar con la prosa de la vida.

-A la mujer no debe dirigfreele la palabra sino con las más corteses y pulidas razones-decia-. Pero abora ustedes lo quieren ser todo, renuncian a su categoría de princesas, y queriendo ser liberadas, se hacen

esclavas.

Gritos y raido de lucha lo interrumpieron. La tormenta que se cernia entre una andaluza y los gallegos estallo. Uno de ellos se babía levantado para descolgar su sombrero, y fingiendo resbalar y caer, quedó montado a horcajadas sobre el respaldo de la silla que ocupaba la joven, casi sobre sus hombros, con gran recogicijo de sus compaheros, que se retorcian entre contorsiones y carcajadas. Pero la señora se volvió rapidamente, descargando sobre el atrevido un tremendo pufietazo.

; Grosero!... ; Mal educado!

El, confuso, trataba de buscar el lado comico que lo salvase del ridiculo.

-¡Perdone usted, marquesa!

De una parte y otra se cruzaron improperios. Muchos hombres vacilaban indecisos sin saber que hacer; don Antonio avauzaba va dispuesto a defender a las damas, cuando los camareros mediaron conciliadores para acallar el escandalo.

La dueña del restaurante parecía no haberse enterado de nada. No tenía gana de intervenir. Los gallegos eran parroquianos constantes que llevaban ya varios años co-

miendo la bazofia de su casa. Aquel don Marcelito era un excelente sujeto que animaba el comedor con risas y dicharachos y lo llenaba de alegría. No iba a desagradario porque cualquier señorita del pan pringao se pusiera con humos por una broma cualquiera. Lo que menos le gustaba era que frecuentasen sus comedores mujeres; de buena gana les hubiera prohibido la entrada; se acababa siempre por alguna tontería. Experimentaba en el fondo un desprecio por todos los que iban alli. (¡Gentes que comfan en un restau-rante de peseta!) Por más que la entiquecieran y que ella repitiera siempre que en su casa se comía como en Lhardy.

Agueda e Isabel habían hecho causa co-mun con la desconocida. Mientras Agueda comentaba con don Antonio lo sucedido, Isabel permanecía silenciosa. Pensaba en si misma frente a las otras, como si al mirarias a ellas le devolvieran su propia imagen. ¿Có-mo la verian los demás? Sentía una impresión de penosa desnudez, de soledad. El egoismo de los otros, injusto y agresivo, no dejaba a las mujeres ni el placer de gozar su aislamiento en la indiferencia, sino que

se sentian perseguidas y turbadas. El mismo sentimiento debía experimentar su amiga, porque cuando se levantaron para irse iban apoyandose la una en la otra, como si se protegieran y se diesen mutuamente va-

-Decididamente — dijo Agueda—pasamos un mai rato todos los días. Yo temo que llegue la hora de comer. ¡Si tuviéramos tiempo de prepararnos nosotras algo en casa!

-Vivimos demasiado lejos—repuso con un suspiro Isabel..., y estamos demasiado can-sadas. Hay que resignarse.

Empezaron a andar, siguiendo la calle del Carmen, en dirección a la Puerta del Sol. y bien pronto olvidaron su disgusto para distraerse con la contemplación de los transeuntes y de los escaparates con una fuerza de expansión juvenil, acortando el paso, como si distrutaran un pasco y quisteran re-tardar el momento de llegar al Bazar, donde habían de quedar sepultadas todo el resto đel đía.

Isabel era de mediana estatura, de cuerpo suavemente redondeado, sin ser gruesa; los pies y las manos pequeñas y mal cuidadas, a pesar de una atención constante. El cabello castaño oscuro y los grandes ojos color tabaco lucían sobre un cutis blanco, pálido, sin ser lechoso, de un blancor de morena. F formaban un conjunto armónico con el semblante, algo inexpresivo, de rasgos indecisos, más agradable que hermoso. Su mayor belleza estaba en el cuello largo y firme, que sostenía la cabeza con una gallardía altiva y prestaba morbidez y elegancia a toda la figura.

No había nada de extraordinario en el conjunto. Era la muchacha que se ve a través de los cristaies de las tiendas donde se enseña a bordar.

Era esa misma muchacha que se ve inclinada sobre las cuartillas en las tiendas en que se venden maquinas de escribir. La muchacha modesta, trabajadora, sobria, que siendo una obrera parece apartarse de la obrera y conserva un aire de señorita.

Agueda era más alta y más deigada, de cabello negro, tez morena, con los ojos hundidos en las grandes ojeras profundas, que catan en pico sobre la medilla, como si quicatan en pico sobre la medilla, como si quicatan unirse a las dolorosas comisuras de los labios. Aunque no pasaria, como su amiga, de los reinte a los veintidos años, estaba más gastada, más deshecha, como si su vida de trabajo hubiese sido más larga y más dura.

La vida de ambas no salta de los limites

de la volgaridad.

Agueda, huerfana de un zapatero y una lavandera, había trabajado, en unión de su hermana Luisa, dos años mayor que ella, al amparo de su tía Petra, una pobre mujer que iba a coser a domícilio y que se había sacrificado, renunciando a casarse por educar a las dos sobrinas, con una abnegación y un

carific verdaderamente maternales.

Después de muchas vicisitudes, habia logrado colocurse en el Bazar, gracias a una piadosa señora en cuya casa trabajaha su tia. La otra hermana, encajera, abandono un día su oficio para irse a vivir con un señorito, del que había tenido un niño. Al principio iba con frecuencia a ver a su hermana y a su tia Petra; pero bien pronto empezó a escasear sus visitas, hasta que un día les confesó que su amante le prohibía todo trato con ellas.

Bra Isabel hija de un comisionista que habia rodeado su vida de ese bienestar con rachas intermitentes de apuros, de lujo y hasta de esplendidez propia de la gente de negocios. Al morir el padre, su madre y ella quedaron en una situación decorosa. De no tener la incenscioncia de las mujeres que no están habituadas a manejar capitales ni a conocer el valor del dinero, hubieran conselidado su situación. Pero su única preocupación fué continuar sesteniendo la casa con el mismo rango, como si creyesen deshourerse al descender de su posición social; pero sin hacer nada para evitar la miseria que se aproximaha de puntillas, sin dejavse sentiz, Quiză en su împrevision habia algo de! fatalismo en el que influye la secreta esperanza del premio de la loteria o del marido que surge de pronto como un principe en-cantado. La enformedad de la madre, que la mantuyo dos años en estado de gravedad y las obligó a ir a los baños tres temporadas. did al traste con lo que ellas crofan inagotafile.

Al morir su madre, Isabel se cucontró sola y sin recursos para poderse sostener. Empezaron los días de púnico, semejantes a un mal sueño lleno de sed, en los cuales la distrata del dolor de la pérdida de su madre la zozobra de su situación.

Los muebles familiares, los recuerdos queridos, todo se había ido perdiendo: empeñados unos objetos, vendidos otros, hasta no quedar nada en la casa desmantelada y tenerse que ir a vivir a una casa de huéspedes, que también tuvo que abandonar, por demasiado cara, y alquilar aquella habitación en Los primeros tiempos de su soledad y su pobreza fueron terribles. Conforme mermaha su escaso capital crecía sa angustia. ¿Qué iba a hacer? Se sentía lanzada entre las mujeres que luchan; pero más indefensa que ellas, como si la hubicsen arrojado por un balcón y a! caer se hubiese roto las piernas y los brazos.

Desalentada, pedía consejo a sus amigas. Unas, optimistas, le contestaban con cierta

inconsciencia indiferente:

-No te apures. Verás como se arregia todo. Pídele a Dios, que no te abandonará. Otras le proponían medios a cual más descabellados:

-¿Por que no das lecciones de música?

—Hazte maestra.

—; Si encontráramos una buena casa para institutriz o señorita de compañía!

Se quedaba aterrada ante estas soluciones. Su cultura musical no pasaba de saber tocar el "Vals de las clas" o el "Vorrel morire", y su cultura general no iba más lejos. Para ser maestra necesitaba estudios, tiempo, calma, años de trabajo, y ella no podía esperar, porque iba atropellada, empujada de prisa por la rampa de la necesidad.

Fué a ver a las amigas de su madre. Las señoras que trataban en vida de su padre, y con las que aún conservaba relaciones; pero fué todo en vano. ¿Qué emuleo del Estado podía tener sin título alguno? Estalla todo sujevo a reglamentos, leyes y ordenanzas; apenas si habían dejado unas migajas

para la mujer.

De aquellas visitas salió llena de miedo a las protectoras. Todas aprovechaban la casióa para humillaria. Ofan, no sin cierto temor, que habitaba sola con gentes extrañas. No tenía algún conocido? Comer en un restaurante donde solo van hombres pareció tal monstruosidad la primera vez que lo dijo a una generala viuda, con fama de piadosa, que no lo volvió a repetir.

Algunas señoras la encontraban demasiado lujosa. Podľa ir con un velito y una blusa. y no empeñarse en llevar sombrero, como si esta prenda, que confeccionaba ella con un pedazo de trapo, fuese el mayor dispendio y la linea que separaba la diferencia de clases. Muchas no la encontraban tan pobre. Cuantas quisieran tener una peseta diaria para vivir! Lo que mas sentia Isabel eran las lamentaciones, los consejos y la intromisión de las protectoras. Tenían siempre una censura para la imprevisión de los padres que educan a les hijas de modo que no sirven para nada. Le sermoneaban que fuese prudente, económics... Que no se fiase de ningún hombre, porque nadie quiere con buen fin a una muchache pobre y abandonađa.

Entonces se asusto más que de la miseria de todas aquellas obreras, sirrientas y menestrales, que al fin y al cabo guardaban un dejo de su independencia con su trabajo, de la miseria de las protegidas.

Para huir de aquellas gentes empezo a buscar ella sola trabajo. Recorria tiendas y talleres sin resultado ninguno. Se habían convenido todos para decirie que no. Algunos momentos tuvo esperanza, cuando empezaron un examen: "¿Conoce usted el oficio?". "¿Doade ha estado usted?" Sonrelan burlonamente ai ofrie decir que ella sabía coser y bordar y que con buena voluntad aprendería pronto. Cada uno creia su empleo un arte y le contestaba con un enfasis revela-dor de su molestia;

-Estas cosas no se improvisan.

Le dieron a iluminar tarjetas, y los primeros cientos los ejecuto con tal torpeza, que no pudieron servir. En una tienda de la calle de la Montera la confiaron camisas, pagando a dos reales pieza. Lo hacía mai y gastaba dos días en cada una: resultaba imposible.

Lo que más le repugnaba era buscar colocación en una casa particular. Pero cada día que pasaba se hacía en su interior una concesión nueva. Era la miseria apremiando ca-

da vez más.

Empezó a buscar los anuncios en la cuarta plana de los periedicos y acudir a todos los sitios donde hacía falta una costurera, una señorita de companía o una doncella. Iguai repulsa en todas partes. Por modesta que queria ir, su aspecto, sus manos cuidadas, su porte todo denunciaba que no era una obre-ca ni una sirvienta. La miraban con desconfianza, y no faltó alguna dama que le dijese sin piedad:

–Es usted demasiado señorita para esto. Tropezaba de un lado con la mirada de los hombres, que parecían avalorarla para otorgarle protección: aquella humiliación de la mujer joven, que ponía a contribución su belleza; de otro lado la hostilidad de las mujeres. Eran ellas, sobre todo las que se creian más virtuosas, más impecables, las mas parapetadas en su situación ventajosa o en su independencia, las que se mostraban más crueles, más ensañadas, más enemigas de la mujer.

Una de sus amigas le había dado una carta para que fuese a ver al dueño de aquel Bazar, antiguo amigo de su padre, que, al fin, le proporciono aquel empleo.

-Es de doña Concha Azara...; me reco-

mienda...; soy...

-Conque recomienda..., !eh? Bien: yo la

contestare-interrumpio.

No se había levantado del sillón y señalaba con el gesto la puerta a la joven, con un brusco ademán de despedida, creyéndose, como la mayoría de los señores, dispensodo de toda cortesia por tratarse de una muchacha pobre.

—...la hija de Adolfo Rodriguez, su anti-

gue amigo-acabo de decir Isabel. El hombrecillo pareció tranquilizarse y re-

cordar.

-De Adolfo Rodríguez..., hija de Adolfo Rodríguez, el comisionista, ¿Usted es hija de Adolfo?

-St. senor.

—Ha muerto también.

! No tiene usted hermanos?

No tergo a nadie. Habia en su voz tal desgorramiento, que in bola de carne en conmoviá un peco.

---Pero Adolfo era rico; tenía una gran posición...

—Lo perdimos todo con su muerta y la emfermedad de mi madre, señor.

-Y la imprevisión..., y el no tener cabeza..., y el no saber economizar—rugió de nuevo, como pesaroso de su momentanea bon-

Leyő la carta, que había dejado a un lado, pareció meditar un momento y, al fin, dijo:
—Bucno..., probaremos... Venga usted des-

Huudió de nuevo la cabeza en el pabellón colgante de su barba y no contestó al salude

de despedida de la joven.

Aquel destino del Bazar, no sólo la ponfa a cubierto de la miseria, sino que hasta la colocaba en una especie de rango, de opulencia, comparativamente con lo que una mujer puede ganar trabajando. Con sus cuatro pesetus diarias, los deseados veinticuatro duros. podía vivir hasta con apariencias de sefiorita y cierto decoro, sin estar aujeta a un trabajo demasiado pesado. Pero aquel destino no era un destino inamovibie; estaba a merced de la suerte o de la voluntad de don Prudencio, al que tauto temían todos los empleados cuando lo vefan pasear entre las calles formadas por las bileras de vitrinas en que estaban expuestos los objetos. Un día, cuando más falta les hiciera, habrían de dejar aquel cargo, cuya esclavitud bendecian como un bien. No había jamás ancianas empleadas en las casas de modas, ni en los bazares, ni en las tiendas. Las viejas pasaban como heridas por el fondo de la ciudad. Quiza es que no había viejas porque las mataba la miseria, el abandono sordo y lento en que se las dejaba.

Era, sin duda, por la semejanza de sus destinos, por el lazo de su pobreza y sus temores por lo que Isabel y Agueda se ha-

bian unido tan entrañablemente.

Llegaban por la mafiana con alegría al Bazar para encontrarse, aunque allí no se podían hablar apenas, no por la falta de tiempo y ocasión, sino porque hubiera desagradado a don Prudencio ver a las empleadas entretenidas.

Pasaban todo el día de pie, vigilando el espacio encomendado a su custodia, sin poder hacer uso de la silla que en cumplimiento de la ley de protección a la mujer habían puesto los duchos a disposición de cada una

de las empleadas.

Tenían que espiar cómo los transcuntes del Bazar, especie de transcuntes de las calles con escaparates, pasaban y repasaban ante los objetos. Unas veces había que guiarlos a una sección que no encontraban; otras, ayudaries en sus buscas, daries consejos para decidirse a elegir y, por titimo, si todo el tiempo empleado en estas tareas no resultaba vano, era preciso ir detras de ellos, llevandoles las cempras, para que abonaran el losporte en la caja.

Había de ser la suya una paciencia inagotable para sufrir todas las impertinencias y a veces las insinuaciones molestas de los

compradores. Muchos las miraban como si ellas también fuezen objetos expuestos a la venta en ci

Bazar y fáciles de comprar.

No podían rechazarles más que con una gravedad dulce, para no perjudicar los in tereses del establecimiento. L'ataban obliga-das a ser, en cierto modo, los amantes del público, al que era preciso sonreir y agradar. A veces, cuando la impertinencia era de-

masiado molesta, las dos amigas se miraban y se daban fuerza con sus ofos; de modo que

sin hablar se lo declau todo.

La amistad que ambas se profesaban era quiza lo más grande en sus corazones. La amiga es para la areiga más que el amigo para el amigo. Su cariño no era el de los amigas, esa cosa algo falsa, de afectuosidad aparente, que se prodiga en las relaciones sociales; era el sentimiento fuerte, sincero y fraternal, que les había hecho intimar porque las dos se sentian igualmente solas y abandonadas.

Los que más las molestaban eran sus mismos compañeros, aquellos mocetones que pazaban el día detrás de los mostradores como elias, o metidos en el cuchitril de la caja, afeminándose con el trabajo sedentario, entretenidos en mostrar los objetos de bisuteria o los juguetes a las damas, y que hasta se-lían emplear la coquetería con las compradoras para atreerse mayor clientela, con una impudicia de la que ellas no hubieran zido capaces.

Y las damas preferian comprarles a ellos, a les hombres fuertes que tenían abiertes todos los caminos, mejor que a las mujeres,

cuyos puestos usurpaban.

Volvía a notar siempre que el primer enemigo de la mujer que trabaja era la mujer misma. Desde los primeros díau de su estancia allí las otras compañeras, más antiguas que ella, trataron de equivocarla, de entorpecer sus tareas, y la hicieron objeto de celos mai disimulados y de burias. Los compañeros, demasiado empalagosos al principio, se retiraban también molestos por la suave repulsa de Isabel, y se convertian en solapados enemigos. En aquella soledad hostil que se hacía al lado de cada una de ellas. las dos jóvenes se unian cada dia más en en afecto, que parecía recompensarias y defenderias. Salian juntas a la hora de comer, y apoyadas la una en la otra se protegian para cruzar con más soltura las calles iluminadas. Era como si se encubrieran y de ese modo luciesen menos los brillos del vesjido usado, el zapato casi roto, el velo pardo.

Ellas no eran como una gran parte de las mujeres que, pervertidas ya por la galan-teria de los hombres, deambulaban por las calles en busca de aventuras fáciles y de una promiscuidad vergonzosa. Tan asqueadas estaban, que ni siquiera querian aceptar los novios de la calle; parecía que esperaban que sua novios saliesen de su propio corazón, que no vinieran de fuera. Deseaban ya no tipo superior de hombre, el compañero de la mujer liberada; aquellos novios de rostro vago estaban en ellas, los aguardaban, to-miendo en el fondo no verlos llegar, por aquella frase que había engendrado su des-

oodganza :

--Los hombres no quieren a las muchachas pobres para esposas.

Le costaba a Isabel un verdadero esfuerzo llegar puntualmente al Bazar por las mavanas, abora que iba al cine con Fernando casi todas las noches. Tenta que levantarse a las seis para tener tiempo de arregiarle todo, y sólo el milagro de su miedo a don Prodencio, la bola de carne de la que dependía su vida, realizaba el milagro de su actividad.

Al principio de sus relaciones la había acompañado Agueda todas las veces que Fernando las invitaba al cinematografo; pere bien pronto la joven renunció a salir todas las noches, tanto por no poder soportar el cansancio que habiendo de madrugar le causaba una diversión en le cual no tenta el aliciente que su amiga, tanto porque com-prendia que los dos jóvenes se amaban...? desearian quedarse solos.

Isabel tuvo los primeros días un temor y una cortedad grandes para acceder a salir sola con Fernando. Al fin aceptó, convencido

de sus razones.

---i Pero si esto es lo más sencillo, lo más

corriente!—decia él.

No consentir hubiera sido ofenderio con sospechas que no procedian, dada la nobleza de su modo de portarse. La podía creer presuntuosa, y que tomaba por una pretensión lo que solo era hijo de la amistad.

Cuando consultó a Agueda, con el deserde tener su aprobación, ésta sonrió y le dijo 🕾

--No te esfuerces en demostrar que no os une el amor, puesto que ese no tiené nade de particular... Solteros y libres sois los des. ¡Ojalá seáis felices!

La pobre joven empezaba a ver reproducirse en los amores de Isabel la triste historia de la seducción de su bermana; y aunque eso le producía una profunda pena, sable qué inútil era oponerse a lo que es una inmutable lev de vida dentro del medio en cue vivian. El amor, sin arrebatarle el cariño de Isabel, la alejaba de ella. Ya no hacian su camino juntas todas las noches al salir del Bazar: era Fernando el que esperaba para acompañar a Isabel, y los dos juntitos, une al lado del otro, vagaban como otras tantas parejas de enamorados por las calles poce concurridas y por los pasees más solitarios de los parques.

Su amor se mantenía casto; Fernando era tan respetueso, tan comedido, que despertaba una confianza y un agradecimiento en su novia. Es verdad que él no hablaba jamás de casarse; pero se comprendía en su res-peto la honradez de su decisión.

Muy parco para hablar de si mismo, Isabel tenía escasas noticias de su vida y de su familia. Era soltero, sus padres vivian en un pueblo de Valencia y él tenía un destino en el Ministerio de Hacienda, con el que había de contentarse para ir tirando hasta ascender. Parecía que en aquellas palabras

que no le comprometian a nada, iba envuelta la promesa de establecerse y legalizar la situación cuando llegase el deseado ascenso.

Las tardes de lluvia y las veladas las pasaban siempre en el cine. Era aquel lugar a propósito para hablar sin llamar la atención, ya que por vivir sola no podía recibir su visita. La multitud que acudía al cinematógrafo hacía el milagro de aislarlos, de dejarlos solos en una completa libertad.

La sensibilidad de Isabel, excitada por a vida de aislamiento y trabajo, y encendida en su amor, sentia aquella influencia del zine que le hacía vivir, mezclada con sus personajes y con Fernando, las historias trágicas y amorosas del drama de la película.

Encarnaba y veía encarnar a Fernando en aquellos personajes. Eran ellos mismos. Se zefan como en un espejo, y aquella unión

les hacía aproximarse wás.

El primer día que Fernando se apoderó de su mano, Isabel se asustó de un atrevimiento por el que hubiera querido poderle reconvesir. Se proponía bacerlo en cuanto salieran de alit. ¡Podría él confundirla con todas las mujercitas ligeras que aguantan esos atrerimientos! Según avanzaba la película crecía su coraje a impulso de sus pensamientos. Acaso iban a ser ellos de esas parejas de eramorados de cines esperando una ocasión de estrecharse a hurtadillas con caricias rrespetuosas y furtivas!

Aquella noche, al salir de alli, apenas oso mirario, y cuando se quedó sola no pudo conciliar el sueño. ¿Era vergüenza? ¿Miedo de que él la juzgara mal y la quisiera menos? No podría decirio; pero en medio de todo experimentaba una gran felicidad. El tacto de Fernando la había penetrado toda, se habia esparcido como una savia por todo su ger. Su mano guardaba la sensación de un calor duice, un calor inconfundible, suave, un calor de alma, que le causaba una sensación dulcísima. Tanto que sin saber por qué 59 llevo la mano a los labios y la beso con ana unción apasionada y mistica. ¡Su calor!

La verbena del Carmen se introducia en ia ciudad, penetraba en ella, era como una invasión de alegría y de regocijo en medio de la tristeza de las calles, a las que couvertía en parques y paseos públicos, po-ciendo en ellas en lugar del tráfago de la rida arbana, un estallido de fiesta y de gozo. Era como si quisiera hacer olvidar los trabajos de la vida cotidiana, tan dura en las grandes capitales, con la sensación de una sivdad feliz cuyos habitantes no tuviesen que pensar más que en el festejo y en el bientstar.

—Es preciso divertirnos un poco, nena—le

dlio-. Somos demasiado serios.

Sus palabras hallaron eco en ella. Tenía también gans de gozar, como si el que goza en nosotros fuera etro distinto del que trabaja, y, ahogado por este, se alzara de vez en cuando para reclamar sus derechos.

Agueda, ahora le parecía a Isabel todo nue-vo. El coche que los llevaba iba lentamente a través de las calles, que dabas importancia de procesión a lo que transitaba por su centro. Al paso tardo del caballo vefan todas aquellas cosas que los saludaban como a los amigos del año anterior con un gesto amable. Pasaban entre los bailes, donde una aglomeración de parejas danzaban llenas de entusiasmo, a pesar del calor, muy juntos y muy agarraditos, teniendo ellos la precaución de quitarse las chaquetas, cuellos y americanas y coger delicadamente a sus compañeras de la cintura, poniéndose un pañuelo en la mano para no mancharies las blusas blancas.

-La verdad es que esas gentes son las que más disfrutan—dijo ella—, y quiza los que parecen desdeñarlos sienten envidia de

- Hola! ¡Qué jaranera estás!—exclamó el, riendo-. ¿Quieres que te compre un ties-

to de flores?

l'asaban entre dos largas filas de macetas puestas en las aceras, como se colocan a los lados de las escaleras los días de gran recepción. No había muchas variedades de piantas; las decorativas palmeras, que dan la impresión de estar ya muertas, disecadas en sus macetas y parece que podrán vivir sin aire y sin agua; los vulgares geranies, con sus flores rojas y rosas; las grandes bolas amazacotadas de las hortensias azules, y los tiestos de albahaca, plebeyos y alegres, con su aroma a especias picantes y a pueblo en ñesta.

Como ella los miraba con ese amor que ponen las mujeres en los ojos para mirar las

flores, Fernando añadió:

-Compraremos una hortensia.

Isabel le cogió el prazo con terror, come si quisiera librarlo de un gran peligro.

-No, no...; la hortensia, no exclamó,

palida v temblorosa.

-¿Por qué?-exclam6 el, sorprendido. —¿No sabes que comprar una hortensia

trae la mala suerte? Morirfamos uno de los -- Eso es una superstición que si arraiga

acabará con esas pobres flores tan vistosas y tan sin alma. No hagas casa de ella. Pero Isabel seguia suplicando:

-No, no...; comprame un tiesto de al-

-Esa sí que es la planta del odio.

-Para mi es la planta de la alegria. Bajo Fernando para hacer la compra y volvid con la planta verde y frondosa, que

Esabel revolvió para esparcir su perfume, lupregnándose de el las manos. Una muchacha se acercó al coche vendien-

do ramos de garbanzos verdes. Colocó sobre su faida la plante de hoja rizada y salina y arranco una de las bayas verdes, que crujio entre sus dedos y saco la semilla sabrosa.

-Hace calor acri-insinus él. —Si quieres pasear por otro lado—dijo

ella...., yo no tengo empeño en la verbena. -¿Si el cocherc pudiera dargos un passo por las afueras?—propuso Fernando, con la timidez que causa dar esa orden, tan mai acogida por la mayoría de los cocheros.

Annque habia ido a muchas verheras con Diputación de Almeria — Biblioteca. Rampa, La., p. 9

Apenas acabó de decirlo, el cochero dió media vuelta en el pescante y se quedó mi-

-Si los señores quieren—dijo—, yo estoy dispuesto a ir adonde me manden. No estoy más que para dar gusto a los señores. Cuando me subo en el pescante soy sordo..., mudo... y ciego... Yo no soy como otros. Aquellas palabras del cochero animaron a

Fernando.

-¿Si puede usted salir por aqui al campo?--dijo. −; Ya lo creo! ¿Adonde quieren ir?

---Nos da igual.

—Ya..., ya comprendo...; los llevaré por buen sitio... Yo no me espanto de nada... Los señores pueden disponer como quieran... Yo no voy más que a buscar mi propina...,

a hacer el duro..., y jalla cuidaos! Isabel miro a Fernando confusa y sobresaltada; pero este reía de buena gana, como si presintíese en el cinismo del cochero un

buen auxiliar para sus amores.

El coche, haciendo eses y dando saltos y coletazos sobre el piso desigual, lleno de baches, avanzaba hacia el Hipódromo, por una avenida amplia y silenciosa, casi sin urbanizar, que tenía algo del aspecto de las carreteras que se abren a la entrada de los

pueblos muy lejanos de Madrid.

Isabel llevaba sujeto entre los labios un clavel roza, y los labios de Fernando vinieron a arrebatárselo, rozando los suyos al robarlo. Ella sintió frío en los labios, y con una gran audacia avanzo la barbilla buscando su clavel y sus labios lo volvieron a recuperar. Brillo en ellos una risa triunfante que dejaba ver la blancura de sus dientes bajo el suave rosa de la flor. Otra vez fué Fernando a buscar el clavel, y otra vez io recupero Isabel. En el ardor del juego se lo arrebataban con ansiedad; en su caricia había hambre, brusquedad; era un mordisco duro y doloroso que les encendía los labios. El clavel, deshecho, mojado, abrasado en su fuego, dejaba escapar los perfumes, que los incitaban más y más. Habían perdido la noción de la vida en todo lo que no fuese aquel beso, agadizado por la flor, en el que se escapaba su vida toda.

La voz del cochero, que se volvía bacia ellos, les hizo separarse asustados. El hom-

bre rio socarron.

-No hay que alterarse-dijo-. Ya sabe uno lo que es esto. Ahora, en verano, es menos. Los lances abundan a la entrada de! invierno con los coches cerrados, al empezar la noche, cuando los utilizan las señoritas con papa y las señoras con marido, que no pueden faltar de casa... Pero esas gastan poco tiempo... Lo mejor es cuando me toma el coche alguno que tiene que trabajar una mujer... Porque yo digo que la mujer es como la fruta: a fuerza de tocarla se madura y cae... Yo los dejo y me duermo en el pescante... No soy como otros cocheros. que se ponen tontos. ¿Qué más me da? Los dejo que se arreglen como puedan... y, a veces, no me puedo ya contener, y les digo: "¡Buen provechito!" ¡Se llevan unos sus-1. 18 B. 18 A tos!

Fernando refa mirando a Isabel confusz y colorada.

—¿Qué peusará este hombre de mí?—le diio Isabel al ofdo.

-¡ Qué te importa! Pero ella no se resignaba a que la confundiera con una de aquellas mujeres de sus historias. Tal vez porque se sentía poco segura se afirmaba más en su apariencia de

—i No quiero! i No quiero!—dijo con ve-

hemencia.

Entonces él alzó la voz.

-Demasiado ha conocido el cochero que

somos casados.

Aquella afirmación la tranquilizó; la hacia tan esposa que se creyó en verdad desposada, y como él pasaba el brazo en torno de su cintura no opuso resistencia y se dejo caer sobre su pecho.

-A casa-ordeno Fernando repitiendo ei

número,

Paró el coche delante de su cara y acadió el sereno a abrir la puerta. Para sestener su mentira de matrimonio, Fernando debis entrar. ¿Podía impedirio? Hubiera becho uz papel ridiculo delante del cochero. Se apresuró a entrar ella. Estaba segura de que él la seguiría. Se tranquilizaba pensando que permanecería a su lado tan sólo el tiempo preciso para tomar la llave, que Aguedo dejaba colgada detrás de la puerta, y volver a salir.

Subió lentamente la escalera, abrio la puerta y esperó en la sombra sin atreverse a dar la luz. La agitaba un anhelo extraño: había un trastorno en su alma, del que craz culpables las historias del cochero y aque?

aire del campo.

-¿Te irás pronto?--murmuró ella.

Después no dijo nada más. No es que babía perdido el conocimiento ni había caido en esa inconsciencia que suelen alecar las mujeres como causa de su abandono. No. Habfa rendido la voluntad por una decisión suprema. Había que aprovechar aquel ardor que existía en el fondo de cada uno, que era su unica fortuna. Iba a arroinar aquelle fortuna; pero la vida seria más ruinosa si no la arruinara. ¿Para qué resistir? Era justo aprovechar su riqueza, su goce, no dejarlo desvanecerse estérilmente.

Así al menos babría conocido la opulencis.

Abora las dos amigas estaban adu más unidas. Isabel había sentido vergüenza de la mirada de su amiga después de su intimidad con l'ernando. Le parecía que Agueda notaria en ella algo anormal, una especie de aroma de pecado, y sentía impulso de confesarselo todo; pero Agueda esquivaba la confesión como si fuese esta la que podría separarlas.

-Lo que es necesario es que seas felizle dijo un dia interrumpiendo sus palabras—.

Yo envidio a los que se aman.

- Pero y tú?...-se aventuro a preguner Isabel.

-Yo no tengo la fe necesaria para poder

querer

-¿No es un absurdo que por evitarte un dolor que no sabes si llegará te prives de una felicidad cierta y te pases la vida como an pajaro cantando en la rama y sin atreverte a volar por miedo a caerte?

-Tienes razón; pero yo he visto mucho... Mi tla ha sido una desgraciada...; lo fue mi madre...; le es mi hermana...; y yo sería

más desgraciada que ellas aun...

Isabei no insistio. Estaba satisfecha. Le parecía que su vida se había centrado, se había definido. Gozaba una época de empriaguez. Las horas del Bazar eran como un descanso; las pasaba en una placidez llena de ensueños, y al salir de allí corría a m casa a componerse para salir con Fernando, que la llevaba a cenar a los merenderos o a las verbenas, y de vez en cuando daban largos pascos en coche, resucitando sus impresiones primeras.

Los meses fueron pasando en esta emriaguez, en la que no se daba cuenta del eambio de Fernando. Con los primeros fríos del Otoño cesaron los paseos nocturnos, y como ella tenía todo el día ocupado, sólo sodian verse de noche y a las boras de co-

mer en su restaurante.

Sus disputas se agriaban cada vez más, y acababan con lágrimas por parte de Isabel. y con amenazas de marcharse por parte de Fernando.

Un dia éste les anunció que no comería más con cllas; había venido su madre, y nhora estaba obligado a hacer vida de fazoffis.

Desde entonces solo se vefan por las-tardes al salir del Bazar. Fernando la acompafiaba a su casa; pero hasta estas visitas

se hacian difficiles.

–La vida es tan cara—dijo él—, que se mecesita ayudarse; ahora con estar agui la familia, tengo más obligaciones. He buscado ana colocación por las tardes en una casa de bauca; solo podré verte los días que tenga libres.

Aunque al principio no faltó los días fija-

dos, luego empezó a no ser puntual. --Hazte cargo que son mis únicos días

libres y tengo que hacer mil cosas. Pasaba tardes y tardes esperándolo en

vano, y semanas y semanas sin poderio ver. Cada vez había en él más brusquedad, más frialdad. Isabel no sentía toda la desesperación que aquello le hubiera causado, porque estaban como embotadas sus facultades por el estado de su salud. Se apoderaba de ella una gran debilidad, se le marcaban las ojeras, palidecia su rostro, demacrado, de modo que la nariz se hacía más prominente y la boca más rajada. Se sentía presa de marcos, de repugnancias de estómago, que rechazaba los manjares.

Los días de Pascua los había pasado en ia cama; Fernando apenas pareció una tarde con gran prisa. Hubiera querido llevarla de paseo, cenar juntos y le contrariaba encontraria así. Le recriminó como un delito su

enfermedad y, al fin, compadecido de su sufrimiento, se deshizo en protestas y juramentos de amor, enjugando sus lágrimas con besos.

Agueda, que la acompañaba todos los ratos libres. y alurmada de su estado. le aconsejaba que fuese a ver al médico.

Pero una vecina intervino:

-No hay que tener cuidado. Cada chico que yo he tenido me ha pasado igual-

Se quedo aterrada ante estas palabras, que eran una revelación. No sabía si alegrarse de aquella maternidad o sentirla. Ella no se arrepentia de su amor, a pesar de los sufrimientos que le acurreaba. Estaba satisfecha de haber cumplido su misión en la tierra. Era mejor esto, con todos sus sufrimientos, que pertenecer a esa muchedambre vana y sin objeto, de pobres mujeres que pasan la vida esperando una resolución del porvenir lleno de incertidumbre.

Cuando Fernando fue a verla le hizo su

confidencia.

Esperaba una palabra de ternura y lo viò montar en côlera:

—Torpe, más que torpe, ¿cómo has dado ingar a esto?

-; Yo!

Siguió sin hacerle case:

-Me lo debía de haber figurado. Esto lo habréis tramado entre tú y la mosquita muerta de tu amiga. Tal para cual.

-; Pero !

-Es lo de todas. La traición. Así os creéis que vais a cazar al marido... Salís con la misma historia... No estaria mal si todos fuesemos bobos y nos tragaramos esa bola del hijo... sabe Dios de quién.

-i Fernando!

Vibraba la indignación en su acento de tal modo, que él vaciló:

-¿Te crees que es muy agradable venir a soportar a una mujer en ese estado..., encontrarse con esa carga en la vida...?--dijo, queriéndose disculpar.

Pero Isabel se había tranquilizado, como si los insultos le dieran mayor fuerza frente a el. Comprendía que todo era inútil. No poseía ya el arma del secreto que excita el deseo para dominar al hombre; no podía ofrecerle nada nuevo. Era el cansancio que se manifestaba de un modo brutal. Se puso de pie y le señalo la puerta.

-Tienes razon. Vete. No es hijo inyo. Aun vacilé el. No era un miserable de alma. No había tenido un proposito deliberado de triunfar de la joven en aquellos amores. Había sentido la sugestión de su belleza, de la costumbre; era la vida que lo arrastraba. El. como la mayoría de los hombres, había creido sinceramente en su amor cuando lo exaltaba el aguijón del deseo. Lo había jurado sin proposito de engañar, engañandose el mismo. Después, friamente, al despertarse el egolsmo, sentía la pesada carga de aquellas relaciones. Aun guardaba un respeto hacia ella por las primicias que le había ofrecido en su amor como si esas primicias fuesen lo de más valor que podía ofrecer una mujer.

Pero la promesa del hijo, en vez de unirlo a ella lo repelia, io exasperaba; hacía el esfuerzo del que se guiere librar de que le echen al cuello una cadena. Tal vez una mujer más experta, más hábil, menos ingenua y menos digna, hubiera sabido retenerlo; pero Isabel, no. Lo dejó marchar, huír, convencida de que no lo vería jamás.

De allí en adelante su problema era el hijo. El eterno problema de la mujer. Conocía el desamor de Fernaudo y su equivoca-

ción sin un dolor grande.

Ella tampoco había llegado a sentir por el un gran amor. Hay un momento en el que se cede por ceder; no por curiosidad ni por amor, sino por ceder al fin.

Era como el cumplimiento del sino fatal de las mujeres. Había rodado la rampa, la rampa buena, que no es de las malas compañías, ni de la abyección, ni la de esa miseria negra de que abusa el patrono, ni de la lujuria que tiende la asechanza. Era la rampa vulgar, la que preparau las gentes honradas, las despreocupadas de todo lo que pasa en la calle.

Llegó desfallecida, agarrándose a las paredes para no caer, a todo lo largo de las aceras de aquellas calles pendientes y sucias que forman el barrio de Embajadores.

En el centro, un poco más alla, estaban enclavadas la Casa de Maternidad, la Inclusa, los asilos de vicias cigarreras imposíbilitadas; las cunas donde se albergaban los niños que se criaban sin el calor de la madre; parecía que se había agrupado todo hacia aquel lado para limpiar el núcleo dorado de la giudad de sus miserias, del mismo modo que se arrojan los muertos lejos, a las afueras, para que la vista del cementerio y sus emanaciones patridas no conturben ni contaminen a los habitantes.

Sin darse cuenta, Isabel sentía pesar sobre ella todo aquel ambiente desolado; esquiró pasar frente al torno de la Inclusa, aquella especie de hornacina siniestra, alumbrada
en la noche por un farol que parecía suiar
los pasos de las desdichadas que por librarse
de los blios, que constituían para ellas un
símbolo de delor o de verzilenza, y a veces
una carza demasíado pesada, estaban en el

camino de la delincuencia.

### "La caridad los recoge."

deletreó en una parte de la inscripción sobriamente colocada sobre el torno, invitando a entregar a la caridad aquellos pequefuelos que sin ella hubieran sido víctimas de un infanticidio.

Le faltaban las fuerzas, sentía como si hubiese crecido la carga de su vientre, que de empinado y puntiagudo, levantando el estémaco bacía arriba, se desgajaba y caía por su plenitud y su madurez. Ya le faltaban pocos pasos para llegar al gran portalon abierto que parecía ofrecerle asilo. Se detuvo y lo miró con miedo. Al entrar allí lba a desaparecer, iba a perderse, a separarse del con-

cierto de la vida libre, a convertirse en na número, una especie de prisionera sometida a un reglamento tiránico que no podría desobedecer. Frente a ella los cristales empañados de un escaparate reproducian su imagen. con contornes vagos pero precisos. Al pronte no se reconoció. ¿Era ella aquella mujer lacida, de facciones abultadas, hinchadas, en mello de su demacración, con el rostro cansado, caído; cubiertas las mejillas por el paño amarillento que parecía también velarle los ojos, dándole esa expresión peculiar de las embarazadas; esa mirada opaca que parece convertir sus pupilas en los cristales de unos lentes a través de los cuales quisieran ver otros ojos?

Se acentuó su miedo. ¿Iría a morir allí: Tuvo impuisos de arrojarse al suelo, como se arrojan los niños rebeldes que no quieren entrar en la escuela; pero hizo un esfuerzo, cruzó la calle y puso el pie en el escalón de la puerta. Su corazón se oprimía, la calle miserable se enforaba como un bello paseo. A pesar de la miseria y la suciedad había en ella vida, exceso de vida; el ruido de genter que iban y venían, las voces libres, en contrata con el silencio que adivinaba dentro, la atrafa, la retenía, parecía impedirle entrar.

Pero era necesario aquel sacrificio. Era imposible resistir más. Desde que su enfermedade la había hecho dejar aquel cargo del Bazar, que era su único medio de subsistencia, habís ido a vivir con Agueda en casa de su tía. Dormía en la misma cama que su anoiga y compartía con ella su modesta comida. Isabel guisaba para las dos, y la joven hacía el sacrificio de andar y desaudar a pie todos los días el largo camino para ir a comer a su casa.

Isabel no podía consentir aquel sacrificio, y se había escapado de casa de su amiga para ir a aquel refugio y no arrastrarla en sa míseria. Era preciso entrar. Un hombre cos uniforme galoneado le habíó.

—{ Qué desca?

Apenas pudo balbucir unas palabras. Ya sabia el hombre lo que significaban.

—L'Ame usted ahf.
Una monja con toca blanca, manto de un
negro de ala de mosca, manguitos y delautai
de lienzo azul, algo desfucido y de dudosa
limpieza, la cual debía estar alerta a las llamadas, abrió instantáneamente y cast sin
darle tiempo a que se explicara; después
de una ojeada a su figura, le señaló:

-Por este lado.

La guió hacia la secretaría, a la izquierda de la puerta, donde en una salita había otras dos monjas.

— Trae dolores?—pregunto una.

Ella se sentia amedrentada.

No.... ach no; pero me han dicho que hoy es dia de entrada... Estoy fuera de cuenta... esperando la hora de Dios...

—Sf..., sf...; eso dicen todas...; si fuera-

mos a hacer caso...

—Madre, le aseguro... En fin, venga...; la reconocera el mêdico... No sé si habra cama...; Cuanta desdicha!

Se dirigieron otra vez hacia la puerta de

salida y le hizo entrar en el enorme ascensor que ocupaba el hueco de la escalera, especie de babitación donde podían colocar una camilla en caso necesario. Subieron a la cifuica, donde estaban el médico y los internos. Avanzó tímida y vergonzosa, y tuvo que sufirir el reconocimiento hecho de un modo mecânico, sin mirarla más que como un caso, cuyo historial apuntaba el doctor, con las observaciones que le habían de servir en caso de un parto difícil.

Hubo un momento de vacilación. No cabía duda de que estaba de nueve meses; pezo a no sentir dolores era difficil ser admitida sin ana buena recomendación. A veces los partos se retardaban y pasaban un mes en la casa.

—Si quiere usted estar en distinguidas—

insinuo la monja.

—Dios mio..., no...; yo necesito la cari-

đ**ạđ...** Ha

Había tal angustia en su voz, que el médico, aun acostumbrado a aquella atmósfera de dolor y de continuas peticiones, se connoció. Abrió un libro, y después de consultar,

Hermana, llévela a la cama número 16 y volvió la espalda bruscamente, dando el

asunto por terminado.

La hermana no se acrevió a desobedecer; tenían un respeto mezclado de temor a los médicos, que les hacían responsables de todos los descuidos y de todas las faltas.

—<u>¿</u>Trae ropa?—preguntó la mouja?

-Dos camisas, madre.

—Flermana, hija, hermana... Bueno..., démelas...; le daré una bata para que se mude... No tenemos para todas. Esto de los nifos es como las cosechas...: hay meses de recolección. Noviembre es de los que dan más trabajo...: las locuras de Carnaval.

Le dió una de aquellas batas de cuadros, holgadas y lisas, con grandes bolsillos, que servian de uniforme a las embarazadas y que hacía que deneminaran los chicas de la bata a las asiladas de caridad para diferenciadas

de las distinguidas.

Cuando entró en el costurero todas la miraban de ese modo especial, hostil, con que se miran los viajeros que han de ir juntos en un tranvía o en el vagón de un tren. Otra más. Ilubo un cuchicheo, unas risas, frases en voz baja que no se ofan, pero cuyo dejo sonaba a burla. Ella cogió una silla de asiento ancho y fué a sentarse donde pudo, pues las cercanías de las dos ventanas altas, de vidrios empañados, estaban ocupadas por otras mijeres que costan o hacían encajes de boillos y crochet o tejfan medias a punto de eguja.

Las conversaciones, interrumpidas un momento a su llegada, se volvieron a reanudar. Algunas estaban silenciosas; pero las más hablaban y refan, entremezclándose las voces de los diversos grupos en un guirigay ensor-

decedor.

—A ver si vas a ser to de las damas que no bacen más que suspirar y parece que tienen a menos hablar con nosotras—dijo una embarazada va de edad. cuya boca grande, rajada, con las comisuras llenas de grietas dejaba ver la encia desguarnecida, y que se ponía los brazos alrededor de la panza, como

si quisiera mostrar bien su volumen y lucir de un modo triunfal la maternidad que la

rejuvenecia.

Mientras hablaba dirigia los ojos, iluminados de una luz de malicia malévola, hacia una jovenzuela pálida y rubia que, algo aparte de las demás, hacía crochet de un modo tervoroso sin pronunciar una palabra. Se veía que la alusión iba dirigida a ella.

—Es que será primeriza—dijo otra, gorda y desenvuelta—. Esto la primera vez espanta…; después, ya se va una acostumbrando. La Nati y yo venimos aquí a verenear casi

todos los años.

—Y, la verdad—afirmó la Nati. una jovenzuela amarillenta, flaca, de grandes ojos negros, más agrandados en sus ojeras de vicio, que se unían a los pliegues de las mejillas dándole un aspecto procaz y deshecho—que cuando estamos aquí es cuando más se descausa...; a lo menos dormimos solas.

Isabel paseo la mirada por aquel grupo, formado por medio ciento de mujeres marchitas, macilentas, que parecían cansadas de tirar de sus vientres de hidrópicaz, y la miseria que contemplaba le dió la idea cabal de su propia miseria. Algunas de aquellas mujeres eran casadas, que no contando con medios de asistencia, iban alli; pero la mavoria eran las madres solteras, las engañadas, las abandonadas. Habia mujeres viejas, reincidentes, que ya habían dejado allí varios crios, y veian solo en su maternidad un accidente físico desagradable, puramente mecanico, del que era preciso salir como de un tifus o una puimonia, sin sentimentalismos de ningún género.

Muchas eran criadas engañadas por los novios o por los señoritos y cruelmente abandonadas después, quedándoles solo aquella maternidad como un estigma de sus amores, más

o menos sentimentales.

Otras eran paletas, que pagaban con aquel dolor el engaño y el deslumbramiento de la llegada a la corte, la cena en el merendero, el baile de Carnaval o la cita secreta de la tarde del domingo.

No faltaban modistas sufriendo la pena del desengaño de los idillos estudiantiles o de su confianza en algún señoron que les ofre-

ciera mejor scerte.

Entre todas se mezclaban las mujeres de vida alegre, las moscorras, que habían tenido un descuido y aguantaban las consecuencias del percance, recriminándose un entusiasmo o una traición de la Naturaleza, que iba a hacerles conocer los tormentos de la maternidad. Ni cllas mismas podían conjeturar quién sería el padre de aquella criatura que iban a poner en el mpudo con la calificación de mancer, como un hijo de mancilla.

¡Cuanta tragedia en todo aquello! Se perdía la idea del amor para quedar sólo la idea de la brutalidad, la bestialidad. La Madre, tan liricamente cantada, aparecía cavuelta en toda la realidad de su miseria fisica y repugnante. Pobres mujeres vejadas, atronelladas, víctimas de deseos innoblea, de la brutalidad de los hombres, que las arrojaban lejos de ellos después de la suciedad. Habian llegado à la maternidad sin amoz, eu-

zaňadas con su espejismo falso, y se amparaban alif llenas de vergüenza, de miedo, de desengaño. No se vela nada alto, levantado y conmovedor, sino toda la abyección, toda la vulgaridad, todo lo de brutal y bajo de las uniones sexuales. Era allí donde estana toda ta miseria de la hembra, triunfadora aun hasta en el lupanar, con el prestigio de su feminilidad codiciada y miserable, pisoteada. abandonada, con su aspecto repugnante de opilación. Desencajadas y caídas las facciones, abotargadas, cubiertas de manchas de puño y de manchas delatoras de repugnantes enfermedades; con las bocas rajadas, los ojos opacos, las ojeras hondas, violáceas, y los cuerpos deformados por la plenitud de los vientres. Eran como despojos miseros de caprichos, arrojadas y despreciadas; piltrafas de mujer. ¿Qué había conducido allí a todas aquellas infelices? ¿Era el amor? Sentía repugnancia, un asco profundo de toda aquella

Silencioramente las acompaño al comedor, donde dos monjas les servían la comida; apenas podía pasar la ración de carne con patatas ayudándose del vasito de vino que les

servian

-No hay que ser seforita—le dijo una rubia de aspecto bonachón, que se había colocado a su iado—. No hay más que esto..., y gracias que no es de lo peor...; otras noches son judías o lentejas... y un filetito como una oblea.

Algunas habían rebañado rápidamente sus platos y se quejaban de la escasez de la ración. Llamaban a la monja pidiéndole que les diese otra porción u otro pedazo de pan, que devoraban con ansia.

Del comedor pasaron al patio de recreo. Un patio desmantelado, de tapias altas, en el que aquella tarde otoñal se dejaba sentir un frescor húmedo, bastante desagradable.

Las mujeres formaron grupos, y sin saber como se encontro en medio de uno de eilos. Se fijo en sus compafieras. Casi todas estaban alegres; eran escasas las que conservaban aire de tristeza; parecía que el pedazo de cielo que se extendía como un toldo sobre los paredones del patio, con apariencia de espacio y de aire libre, les comunicaba mayor optimisme. Unas refan y jugaban con una alegría de chiquillas, dando saltos y cabriolas grotescas, que causaban gran complacencia en sus compañeras, como si quisieran hacer ver que *sus tripas* no les pesaban. La que más se distinguía por su agilidad era una pequefinja y negrilla que parecia una bola de goma botando y rebotando del auelo. -Esa pare esta noche—comentó una.

—Y segun el tambor que tiene, pare dos—

dijo otra.

La monja las llamo al orden.

-A la capilla.

— Otra vez?—protestaron algunas. —Yo ne voy—dijeron verias voces.

La revolucionaria gritó:

Nos pasamos la vida rezando...; es como al nos fuáramos a morir y tuviéramos que estar bien con Dios... Y estamos mejor que ellas... No le hemos hecho mal a nadie... Hemos eido generosas y no tenemos las en-

trañas secas... Al menos ya sabemos lo que es mundo.

---Vamos, vamos, hija--dijo la monja poniendo un tono de mando en sus palabras de ruego---. Hay que pedir a Dios Nuestro Señor que les dé una hora cortita.

Todas parecieron convencerse menos la re-

volucionaria.

Todo aquel rebaño miserable entro y sa arrodillo a un lado de la nave, detrás de otre grupo formado por una docena de mujeres encinta también, Los monjas, arrodilladas ai otro lado, permanecían silenciosas, inmóviles, con la cabeza baja, como sumergidas en la oración.

Empezo el rosario, que dirigia el capellán y coreaban pecadoras y religiosas de un mede lento y mecánico. En la media luz de la capilla, entre el olor de cera requemada y de incienso de que estaba impregnado todo, las embarazadas dejaban volar sus pensamientos, presas de pánico por lo porvenir y de triste-

za por lo pasado.

Algunas que no podían soportar aquel olor se tenían que marchar presas de vabidos e de vómitos, y otras que no se podían arrodillar con sus enormes barrigas, trataban de permanecer de pie o se sentaban en los bancos. Las monjas tenían que conformarse y darles aquella libertad ordenada por los mé-

dicos, no sin murmurar:

-El demonio que las tienta y las aleja

de las cosas santas,

Noto que al salir las chicas de bata trataban de acercarse a las distinguidas, parte por curiosidad de conocer aquella aristocracia de sus compañeras, parte porque muchas de ellas les encargaban recados y servicios remunerados. Una de las distinguidas llevaba toda la cabeza envuelta en una espesa mantilla.

—A esa no le hemos visto la cara desde que vino—comento la chulona—. Se tapa para que no la conezcamos...; por lo menos.

es una duquesa.

—Pues yo te aseguro—exclamó la saltarina—que no se va de aquí sin que le veames la facha.

Apenas empezaba a dormirse ey6 la orden de levantarse. A las cinco todo el munde tenía que estar de pie para ir a la capilla-Empezaron las quejas.

—Estoy mala.

—Me duele todo el cuerpo.

-No he dormido.

---Tengo dolor de cabeza.

—No me puedo mover. Todas querían quedarse en la cama; era como si al acostarse se hubieran despojado de sus barrigas y tuvieran que volver a po-

nérselas y tirar de su carga.

Pero era preciso obedecer: las monjas dispensaban la falta de agua que domingos en la tollete en gracía a la brevedad. Nada de baños ni de limpieza obligatoria, como querían los médicos: lo primero era cuidaz de sa limpleza del alma. La capilla se lleno de an vaho pestilente, denso, con el olor a mujer y ropa sucia, mezchado al olor de los reallos de las flores corrempidas en el agua, y los pátillos de las velas recién encendidas.

Las distinguidas no estaban alli aún; eilas tenían libertad para levantarse a la hora que quisieran. Solo la de la mantilla estaba

ya en el contesonario.

-Mira la comecuras-exclamó Felipa-. Sabe Dios las cosas malas que habrá hecho euando tanto tiene que contar.

Escucharou la misa medio dormidas.

—; El desayuno!

—Si, vamos a tomar el agua de fregar. Cuando apuraron la taza de chocolate y el panecillo, empezo la limpieza de la casa. Aquellas pobres mujeres, que parecía que no podían moverse, tenían que limpiar puertas, ventanus y pisos, fregar tas escaleras, sacudir el polyo y tavar los cristales.

Las mismas embarazadas tenían a su cargo la porteria para recibir recados, envíos y cartas, basta las cinco de la tarde; y las de más confianza se encargaban de la arqueta, especie de tiendecilla, y vendián por cuenta de la Comunidad papel de escribir, sobres y

otras baratijas.

Casi a la hora de ir a comerse el puchero al medio día, se produjo un revuelo extraordinario entre todas las asiladas.

---; El correc!

Aquel momento parecía ligarlas a todas con la vida exterior. Hasta las que no temán quien les escribiera se veían menos abaudonadas en el concierto de las demás. Aunque las cartas fueran de padres pindosos que habían perdonado, o de familias inquietas y afligidas por la separación, se llamaban cartas de los Juones, pues daba la casualidad de que la mayoría de los amados de las asifiadas se llamaban siempre Juan. Todas las cartas parecían estar firmadas por la misma mano, con las mismas palabras: "Tu Juan"; y ellas, en sus conversaciones, repetían siempre también: "Mi Juan."

Las conversaciones habían llegado a ser ai tormento mayor de Isabel. Tenían todas el asismo prurito de preguntarlo todo; y gracias que tan vebemente como su deseo de asber era su deseo de contar, y olvidaban su curiosidad por el placer de referir sus aven-

turaa.

Cada una contaba su historia varias veces al día, deteniéndose con lujo de detalles en

las escenas de la seducción.

Había, sunque pocas, algunas que irían al lado de sus amantes. Otras que volverían a servir, cambiándose de barrio, y volverían a pasar por solteras. Unas tenían esperanza, Bevándose al hijo, de conmover al padre y Begar hasta a casarse: otras, no podían decir de quién era su hijo: el soldado que se volvió a su pueblo; el estudiante que las obsequió un par de semanas; el señorito que se quedo solo una tarde en casa; el novio que desapareció después de conseguir sus favores, y resultó haber dado un nombre faiso. Hasta había casos sentimentales de sivido y de traición después de largos años

de cariño y de haber empeñado la palabra de casamiento.

Después de aquellas evocaciones del pasado, cerca y ya tan lejos, venían las preocupaciones del presente... El parto que las
asustaba, y el problema del hijo. El hijo
tomaba cada vez mayor realidad; si nacía
vivo, tenía que estar al cuidado de la madre
hasta el día de su salida de la Moternidad en
que ella misma tenía que ir a depositario
en poder del director, que le daba su atmero

y lo enviaba a la Inclusa. ¡Si no bubieran visto a los hijos! ¡Si se los kubieran llevado las monjas! Pero después de tenerlos aquellos siete días, a veces algunos más, tener que entregarlos ellas mismas, era un tormento demasiado grande. Muy pocas tenian frialdad para dejar la criatura como un tumor que le hubiesen extirpado; y casi todas salian llorando, desoladas, de la Casa donde entraran llenas de temor. ¡No sería mejor morir allí! Y, sin embargo, la vida que iban a dar a otro ser a costa de su misma vida, parecía imponer con más tirania el deseo ferviente de vivir: vivir después del . parto, triunfar en el desdoble de su vida, vencer aquella ansiedad dolorosa del descarramiento de las entrañas; sentirse libres de aquel ser que se revolvía dentro de eilas, de aquella carga que las abrumaba. El nacer el hijo era como un renacer de la madre: un doble nacimiento.

Con frecuencia, en medio dei trabajo, del recreo, en el comedor o en la capilla, una de ellas palidecía; acudía a la monja asustada:

e inquieta:

Estoy mala...; me emplezan los dolores...; los siento aquí..., en los tiñones, y se extlende hacia delanta, rodeandome el vientre como un cinturón de alambre que me atravesura la carne.

-Seran calambres...

-No..., no... [Ay! [Virgen Santisima!

¡San Ramon bendito!

La cara demudada, cadavérica, los ejes agrandados por el espanto y la expresión del dolor que atenazaba la pobre carne desgarrada causaba el púnico en las demás. Se miraben unas a otras. ¿Y ellas? ¿No les dolía también?

Gracias que las monjas se las llevaban apresuradamente, más bien que por la prisa de la asistencia por la premura de despojarla de la bata de candros, que debía servir para otra, y era lástima que se pudiera manchar.

Cuando la parturienta se quejaba demasiado provocaba la indignación de las otras.

—¡Ay...! ¡Av!—declan, remedandola—. Pero, hija, parece que nadie ha dado a luz más que tú. Aguantate, que a nadie llamabas en otra ocasión...

Después ellas no sabían nada más; isnoraban si vivía o moría, y como no se encontrasen paridas en la milma sala, no se volvían

a ver.

Isabel recibía con frecuencia las cartas de Agueda; la joven la exhortaba siempre a ser fuerte. Saldría de allí con la gloria de un hijo y ya tratarian de trabajar. Juntas las dos se prestarfau apoyo, y la vida sería para ellas más dichosa.

A pesar de aquel ûnico punto de apoyo que la ligaba al mundo, Isabel estaba triste, su sensación de abandono le granjeaba más el desprecio que la companion de las que estaban en su caso, y especialmente de las que se mostraban orgullosas de que al salir de allí tentan quien las esperase. La más fiera e intransigente con todas era una casada que lucía orgullosa su barriga, con el fruto de beadición y hablaba arrogante con las monjas, despreciando a las compafieras.

—Al fin y al cabo hay diferencia de unas a otras—decia—. La necesidad le hace a una venir a estas casas; pero mi hijo no en de un Juan cualquiera, y llevará los apellidos de su padre. No tengo una barriga de car-

*tranjis* como esas.

Su fiereza de mujer casada se manifestaba a todas horas en el desdén con que trataba a las otras, sin perder la ocasión de humillarlas con su honradez.

La revolucionaria se indiguaba:

—A ver si tu por que te haya echado la bendición el cura no has hecho lo mismo que aosotras.

--Pero ha sido con mi marido.

---Pues peor para ti, que tienes que aguantar sus borracheras y sus marranerías.

Y la otra, que en mas de una ocasión había envidiado la libertad de las que no tentan que soportar la tiranta de un marido como el suyo, que se gastaba el jornal en bebida y le sacudía el polvo si se atrevía a quejarse, se quedaba sin saber que contestar.

Todas iban cayendo, iban pasando, iban siendo sustituídas por otras. Todos los días, en el comedor o en el recreo, que era donde se reunian todas, se vefan caras nuevas y se notaba la falta de las otras. A ella se le retrasaba el parto de un modo increfble. Aunque fuese cierto aquello de que las mujeres no tienen que llevar más que una sola cuenta y la equivocan siempre, los médicos que la reconocieron el día de su entrada no se debían

equivocar.

Esperaba llena de inquietud y de miedo el momento de su crisis, sin atreverse a desear salir blen de ella y sin decisión bastante para preferir la muerte. La habían dedicado para ayudar a las monjas en la limpieza de la clínica. Era el orgullo de la casa el poscer aquel gabinete médico-quirárgico con tan maravilloso instrumental moderno y un servicio de asepsia tan completo; pero la limpieza de aquellas piezas era al mismo tiempo su desesperación. El miedo de las monjas a los médicos era grande y procuraban presentar ante ellos todas las cosas lo más limpias que les era posible. Sabían que los médicos desconfiaban de su limpieza. Sus medias bastas, sus zapatones, los bábitos oscuros de estameña, tan encubridores de mugre y manchas, predispontan contra ellas. Se sabía de antiguo el santo horror al agua que tenjan las religiosas; y algunos de los jóvenes que habían viajado por Europa, para estudiar en capitales del extranjero, venían contando que las enfermeras asistían vestidas de blanco, compuestas y empolvadas que daba gusto verlas. Decian que la caridad no era austera y triste. Pero valiente caridad tendrían todas aquellas mujeres herejes, sin religion, que le hacían todo por ganar un salario! Deshumbramientos de los medicos jóvenes, conquistados por la belleza y la coquetería, gracias a la cual les toleraban todo lo que en las pobres monjas les parecía mal.

Alli era donde Isabil vela mas claramente

toda la miseriá de las hembras.

A la hora del recreo se alejaba de las demás para hacer crochet en un augulo del patio; pero eso había producido indignación.

—Eso es, hazte la frabajadora para que le tomen las monjas el gusto y nos den a cada

una un encajito.

Aquella tarde tomo un libro que le proporciono una hermana. Era un libro de ejemplos y oraciones que la distralan e intentó isente; pero las otras no la dejaban.

--- Mira que señorita!

—¿Será una sabia?—decian unas.

Otras le cantaban alrededor, entre las risotadas de las demás.

—:Leo, leo, y cuanto más leo, más burra me queo.

Isabel vió que no se fijaban en ella y se alejó por una especie de callejón que habíz en uno de los extremos del patio, a cuye fondo se vela un gallinero. Ya otra vez había intentado entrar y una compañera la había detenido:

---No vayas por ahf.

No se le había ocurrido preguntar el por que se lo impedian, crevendo que lo tendrian prohibido las monjas; pero al ver que nadie le prestaba atención se decidio. Allí la de-

jarían en paz y lo pasaría mejor.

Se encontró en un segundo patio interior de altos muros, al que daban ventanas de la Casa de Maternidad y de otro edificio, ignalmente sombrio y ennegrecido. Debia ser la Inclusa. Miro hacia aquellas ventanas, algunas de las cuales estaban abiertas y dejaban ver uno de esos comedores fríos y desguarnecidos de los asilos, con las largas mesas y los bancos propios de esa clase de estancias. Era el comedor de las niñas de la Inclusa. Se sintió llena de una gran terutra. ¿Tendría que decidirse a dejar allí lo que naciera de su vientre en la imposibilidad de poder alimentario, puesto que no sabía qué sería de ella? No podía seguir abusando de la bondad de Agueda. ¿Donde irla cuande saliera? Miraba con cierto cariño aquel amparo que se ofrecía a su hijo, hasta que ella pudiese ir a rescatarlo, cosa que sin saber por qué todas crefan segura siempre.

Oyó caer un objeto a su lado. Eran unas cascaras de castaña que sin duda habíam arrojado desde las ventanas; se volvió rápidamente y distinguió la figura de unas muchachas vestidas con delantales de cuadros azules que se asomaban a las ventanas del comedor. Eran las incluseras; las que ya convertidas en mujeres habían perdido la esperanza de ser reclamadas por sus madres.

Los chicos salian de allí cuando eran grandes: pero las chiens era raro que pudienas abandonar aquella casa. Era tan pobre, tan monétono, tan abrumador aquel destino? ¿Merecia la pena de nacer para vivir en un mundo tan pequeño? No ver del mundo más que aquella casa, aquel recinto, y vislumbrar la gran ciudad las veces que de dos en dos salían a la calle, con sus vestidos de uniforme, bajo la custodia de las monjas, con las cabezas bajas, como deslumbradas y entontecidas por el ruido, el sol, el aire y el ir y venir de la gente y de los carruajes. Eram como presas, condenadas a cadeña perpetua desde su nacimiento.

Algunas podían escapar del Hospicio profesando en conventos donde hacian fatta músicas o cantoras, y a veces por un matrimonio, en el que un hombre iba a buscatlas como van a buscar las bestins a las ferias

cuando las necesitan.

En esos casos una monja les preguntaba las que tenían vocación de casadas, y a las que la confesaban, llenas de robor, las alineaban en la sala donde pasaba su revista el pretendiente, que escogía la novia con la que se desposaba, dejando la amargura de su vencimiento en el alma de las otras po-

bres virgenes.

Su abandono se volvía odio contra las madres; las aborrecían a ellas más que a los padres. Cada una de las embarazadas que veían en el patio de la Casa de Maternidad les recordaba la figura de la madre desconocida, a la que no amaban ni compadecían; y el sentimiento filial que no había podido esplayarse en ternura, convertido en odio, en rencor, en amargura, se excitaba contra ellas. Cada vez que las veían cerca les arrojaban cuantos objetos encontraban a mano, gritándoles:

- Infames! | Canallas! Por otras como

vosotras estamos nosotras aquí!

Isabel oyó las brutales palabras y experimentó un terror que paralizó su sangre. Eran un anatema, una maldición que resonaba dentro de su propia conciencia; bajó la cabeza y echó a correr huyendo de las infelices que la apostrofaban, como si ella fuese su madre, como si todas las mujeres estuviesen unidas y confundidas en una maternidad común con las mujeres que habían abandonado a sus hijos.

Llezó donde estaban las otras asiladas en el momento que salfan para ir a la capilla. Algunas se fijaron en su semblante pálido y en su expresión de augustia y se sonrieron. Ya sabían lo que era aquello; por eso no se acercaban jamás a squel lugar. Huían todas llenas de miedo ante la aparición acutodas llenas de miedo ante la aparición acutodas llenas de miedo ante la aparición acutodas un grito penetraute de su conciencia.

\* \* \*

Sintió toda la mañana aquel dolor agudo y punzante que se extendía desde los riñones a la delantera del vientre como un calambre; pero no se atrevió a quejarse ni a decir nada, temerosa de equivocarse y provocar el enojo de la comadrona, que se molestaba cuando la llamaban sin motivo.

De pronto le pareció sentir un chasquido dentro de su vientre y un dolor tan vivo

que le hizo lanzar un grito.

Se sentía morir presa de una angustia inmenza y de aquel dolor que le rajaba tas entrañas; de pronto experimento una sacudida como si le vaciasen el vientre, como si la desgarrasen, y en seguida una sensación de alivio, de bienestar, una dulzura inesperada, que le hizo perder la conciencia de lo que sucedía.

Cuando volvió a recobrar sus facultades estaba tendida en una cama de la sala de paridas, la larga sala de grandes ventanas en la que había dos hileras de camas. Levantó trabajosamente la cabeza y miró a su alrededor. Todas las camas estaban ocupadas; había en cada una una mujer que tenía al ladó un paquetito. Miró cerca de si. También había allí un paquete. Se le oprimió el corazón con un sentimiento indefinible que no sabía si era de contento o de pesar. ¡Tenía un hijo! ¡Un hijo!

Sentia deseos de verlo, de ver como era, de saber si era niño o niña. Se acerco una monja que velaba a su lado, y le dijo con

voz cariñoga:

—Vamos, hija mía; ya pasó el mareillo. Ahora, a dar gracias a Dios Nuestro Señor, a su Santísima Madre y a San Ramón bendito, que la han sacado con bien.

---; Qué es?---preguntó Isabel cuando la emoción le dejó articular aquellas dos pala-

bras. —Una niña.

Sintió que se le oprimía el corazón. Sobre el egoísmo que veía en la niña una compañera, una especie de reproducción de ella misma, triunfaba su carlho de madre y se afligía de poner en el mundo una hija, una mujer más; otra que reproduciría su tragedia y la tragedia de todas las hembras malogradas siempre, lo mismo en su entrega que en su integridad. Aquel sentimiento se condensó en una frase:

-i Una niña! ¡Pobrecita!

Repetfa magninalmente la frase de la monja, sintiendo una gran compasión por su hija, a la que pedía inconscientemente per-

don por haberla tra do al mundo.

La monja destapó suavemente el embozo de la cama y aproximó un extremo del paquetito de carne liada en trapos al rostro de Isabel. Ella vió una masa tierna y rosada, en la que apenas se acusaban las facciones, y una cabecita cubierta de un cabello debil y sedoso, como plumón de pajarillo, pero de un negro intenso y de más de un centímetro de larzo. La monja notó lo que miraba, y apartando el gorrito de la recién nacida, dijo:

—Ve...; se le puede hacer un monito... Vamos..., bésela.

Le acerca a los labios aquella carne blanda, calentita, con un olor a éleo, a causa del paño con aceite que habían pasado sobre ella. Isabel besó... y rompió a llorar. Había sentido entonces por primera vez la realidad del hijo; le había abrasado el corazón aquel beso... ¿Podría separarse de aquel pedazo de ella misma, que se le había arrancado de las entrañas? Viniaron todos los recuerdos, todos las amarguras... y él... ¡el., Fernando, marcando un sello indeleble en

su vida con su paternidad, viviendo aun para ella en aquella criatura, que le había producido una sensación de calor y suavidad semejante a la de sus bosos. Conforme antes habia experimentado todo el dolor y la mi-seria de la maternidad física, ahora sufría todo el dolor y el desencanto de su maternidad moral. La sentía pesar sobre ella, imponiéndole las más duras obligaciones, y esclavizandola por un sentimentalismo del que no se podia librar.

Lloro desconsoladamente.

La monja volvió a dejar la niña a su lado y le acarició la frente, diciendole afectuosa:

—¡ Pobrecita! ¡ Pobrecita! Aquella caricia fué un gran consuelo en al abandono en que se encontraba. Había tenido suerte en que la asistiera Sor Angeles ; era la más cariñosa, la más comprensiva de las bermanas; porque entre tantas monjas se encontraban todos los caracteres, que no se habían modificado con las ropas, y que

seguian siendo tiernos o despóticos, delicados

o groseros, a despecho de la mesura que se querian imponer.

Luego, más tarde, cuando sintió a su hija pegada al pecho, alimentándose con su jugo, le pareció que estaba ann tan unida a ella como si ann la tuviese en sus entrañas. Estaba quiză más en sí misma, más dentro de

su corazón.

Al dia siguiente las monjas le hablaron de bantizarla; era un cuidado que no descuidaban nunca. Lo que más les interesaba era enviar angelitos al cielo. Morian los niños recién nacidos con una proporción alarmante y habia que velar por que no murieran sin bantismo, abrir ante ellos la puerta de la Gloria para regocijo del Señor, como si sólo

para eso hubieran sido hechos. Desaparecian los pobres paquetitos de un modo que no se explicaba que fin habían llenado con venir a la vida. Era como el paso de una estrella fugaz; un absurdo de nacer para morir como si no tuvieran más misión que la de conocer el dolor. Unos estaban acatarrados de un modo alarmante, otros no tomaban bien el pecho. Los médicos apenas les prestaban atención, perdida quiza un poco la compasión a la infancia entre tan abundante cosecha. Todos los días se escuchaban lloros y gemidos de las modres que valan morirse a sus erfos.

Las que no querían que bautizasen sus bijos en la capilla de la Maternidad, pagaban siete pesetas en Son Millan y una peseta a la comadrona, en cuyos brazos recibian el agua bautismai la mayoría de los niños.

La ensada, acostada unas cuantas camas más alla de Isabel, no dejó perder la ocación

de humillar a sus compañeras.

—Mi bijo se bautizară en la iglesia e iran sus padrinos y su padre para ponerle los apellidos-dijo con orcullo, peleando con las monjas, que no consentian en legalizar los niños que nacían allí, temerosas de un engaño, ya que no podía investigarse la pateraidad.

Los que deseaban reconocer a los hijos tenian que ir con los testigos a inschirirlos en

el Registro Civil.

Label guardaba silencio. La monja se aproximó a su cama.

—Vamos a llevarnos esta morita—dijo para traérsela becha una cristiana. Su madrina espera.

–i Su-madrina !

La monja se sorprendió de su extrañeza.

-- Cômo! ¿No sabe usted?

—Ha venido una joven...; dice que es parienta de usted...; ha pagado el bautismo... y está esperando... Se llama Agueda Martinez.

Isabel lloraba, conmovida de aquel rasgo de ternura de la amiga. La monja volvió a

preguntar con desconfianza:

--- Pero no lo sabía usted? —8í, es mi hermana..., mi hermana del

-Por cierto que ha encargado que digo usted como quiere que se llame la niña.

-Agueda. Deposicó un beso sobre la cabecita de la niña, y así que vió salir a la hermana con. ella, cerro los ojos. Agradecía con toda la fuerza de su sangre la atención de su amiga, que acogía a su hija y parecía redimiris de la mancha original de su nacimiento.

Cuando pasaban los minutos crecía su desasosiego, su impaciencia porque le devolvieran la niña. ¿Se la cambiarian? Era una duda que la asaltaba cada vez que la llevaban a empañar y le hacia esperarla ausiosa siempre. Ya no concebía la vida sin aquella criaturita a su lado. Se había refugiado en ella toda la ternura de su corazón. Abrió los ojos al ofr la voz de la Her-

-Agui tiene hecha una buena moza a Fernandita.

--- ¿Fernanda?

---Si--dijo la comadrona--; lo ha querido así la madrina, que dice que la espera con su cuarto preparado y la canastilla hecha.

Ella no difo vada; pero inclinó la cabeza y lloró, besando a la niña y ofreciendola

como regalo la biancura de su pecho. Deseaba tanto salir de allí que por un esfuerzo de voluntad se restablecía rápidamente. Las conversaciones de cama a cama eran siempre las mismas; se contaban lo que habian sufrido. No se ola habiar más que de la bolsa de las aguas, de las secundias y de los dolores...

Se veta alli el crimen de tener hijos enfermos, miserables, cava responsabilidad parectan asumir las madres, que eran las menos culpables, por como les alcanzaba una parte tan grande en su sufrimiento. Muchas, en su dolor, tenían palabras de maldición para los hombres que las habían conducido a aquel estado, y en otras vencía aún el amor, sobreponiéndose a todo otro sentimiento.

Casi todos los pequeñuelos se veiso ntacados de ofinimia puralenta por el contagio del puerperio maternal; otros tenjan la boca mala, con aquella especie de honzo bisneo que les cubría los labios y la lengua, y que era preciso arrancar despiadamente. Era un espectáculo doloroso y repugnante al mismo

tiempo el contemplar toda la suciedad y todo el agobio de la maternidad. De vez en vez una protestaba:

- Y que seamos las mujeres tan tontas

que nos veamos así!

Otra decia:

Si hubieran de parir los hombres y pasar estos trabajos, se acabaría el mundo. Ya supo Dies io que se hacía.

A veces una, con más filosofía, profundi-

zaba en la llaga: -: Pobres hijos!

- Pobres inocentes!

Unas a otras se preguntaban continua-

–åTe vas a llevar el *cr{o?* 

Las que podían bacerlo respondían con orgullo un ¡ya lo creo! que daba a entender que siempre abrigaron los mismos propositos.

Algunas contestaban con un "Sí..." tan vacilante que se veía en él la resolución recien adoptada, que las iba a lanzar hacia lo desconocido con el hijo en brazos.

No faltaban las que, llenas de ardor ma-

ternal, decian:

-Si. Me lo ilevo aunque nos muramos

de hambre juntos.

Otras, menos valientes, suspirahan:

- Qué remedio! No lo puedo llevar. Contaban sus cuitas: consideraciones de familia..., imposibilidad de poderlo criar...

Casi siempre repetian: Pero en cuanto pueda vendré a hus-

carlo. Lo decian de buena fe, como si ellas mismas traturan de engañarse y de tranquilizar

su conciencia.

Cerca de su cama había una jovencita morena, de ojos grandes y una rara belleza, tan débil, tan enferma, que no se movia ni hablaba apenas. Si tenfa un momento de energfa era cuando la hermana enfermera le acercaba el hijo a mamar. Se revolvia furiosa :

-No, no; no quiero... No tengo leche. -Vamos, hija-decia la monja, con paciencia—; no sea mentirosa, que Dios Nuestro Señor castiga, y si no quiere darle la leche al niño le saldrán postemas.

La amenaza asustaba a la mujer dolorida que se dejaba acercar la criatura al pecho y sufria como un martirio el dejárselos descargar, poniendo siempre un gran cuidado

en no mirar al hijo.

Las otras, tan enamoradas de los stros, o tan entristecidas por tenerlos que ahandonar, odiaban al número 8 por ser tan des-

naturalizada.

Isabel tuvo la suerte de que su bija no padeciera más que un ligero catarro, casi inevitable, dado el descuido con que los lavaban y empañaban las monjas, y a los cin-co días pado ya levantarse de la cama. Al ponerse de pie experimento una sorpresa. Y su barriga? No se había dado bien cuenta de que no tenta su barriga. Se encontraba vacía, alisada, de medo que inconscientemente se amagaba, se inclinaba hacia ndelante, sintiendo una tirantez, un hucco en el sitio donde tuvo el peso de su barriga.

Diputación Se Angeraba El momento de salir. A los

siete días, estando bien, los médicos dabas el alta y las ponían en la puerta de la calle, vestidas con la ropa con que entraron, sin

cuidar lo que sería de ellas.

Pero durante aquellos siete dias trataban de encariñarlas con sus bijos, haciendo que les dieran el pecho; procuraban que sintieran el impulso de no abandonarios, obligandolas a entregarlos ellas mismas; pero no se cuidaba de proteger a la madre descosa de conservarios, y que tenía que doblegarse ante la pobreza y la falta de medios de vida. Nada que protegiera a la madre, que la ayudase a lactar. Sobre todo a la madre soltera, que había de ocultar la maternidad

como una vergitenza.

Le explicaron todas las condiciones. Si había de dejar allí la niña, tendría que ir a entregarla al director, y desde la Casa de Maternidad pasaría a la Inclusa. No tenia que depositarla en el torno. Bastaría con ponerla en aquella maquina que las morjas llamaban la guillotina, con la que ajustaban a su cuello el precinto de la medalla en que constaba el número que había de servir para reconocerla. Muchas tenían miedo de que les cambiaran los hijos; pero con aquel procedimiento resultaba imposible. Podian estar tranquilas; los niños quedaban atendidos y se los daban a criar a amas, a las que pagaban tres duros mensuales; pero no los dejaban ver de las madres, que sólo una vez al mes, el primer domingo, podían saber no-ticias de ellos; noticias laconicas, de una sola palabra, dicha con igual indiferencia & todas las que formando interminable cola se acercaban a la ventanilla:

-; Vive!

¡Ha muerto!

Unas se iban tranquilizadas para un mes y otras se apartaban deshechas en lágrimas, en las cuales entraba por mucho el remordimiento. Sólo las que pagaban seis duros a la Inclusa eran las que tenían derecho de ver a sus bijos cada quince días. Pero basta las que se quedaban a criar en la Inclusa no podían criar sus propios hijos.

Todo aquello había sido obra de Agueda. Fué ella la que de un modo hábil había preparado la encerrona que puso frente a frente a los dos amantes cuando Isabel no quería hacer nada para atraerio. En los primeros momentos había sido un desconc'erto para él verse ante la realidad del bijo. No lo había comprendido antes como lo comprenden las madres. Miró con curiosidad la carita mal delineada en la carne blanda, de un color rosado, bascando en ella rasgos suyos o rasgos de Isabel. Poco a poco crefa distinguir un parecido, como si se mirase en un espejo empañado... Sentía despertarse en su alma un sentimiento de ternura Sabia que era su hija porque lo decian. No se babía desprendido de sus entrañas como de las de Isabel, y, sin embargo, la crefa tan suya como de ella. En su ternura hal·la

como una soberbia de creador, un organio de verse reproducido. Alargó un dedo y lo introdujo en el puno cerrado de la niña. Su cator, su blandura le hicicron estremecerse y se inclinó para besar aquella carita, sin decir una sola palabra.

Después sus ojos buscaron a Isabel. Le garecio una mujer nueva; pero más suya que ia otra. Era como si al dar aquella vida a joven tuviera toda la madurez y la lozania de las plantas que ban florecido y dado su fruto, ofreciéndose a otra nueva

floración.

Su largo cuello aristocrático, que con tanta gallardia sostenia la capeza, estaba más firme, más lieno ; se asentaba sobre un busto desarrollado, un talle de mayor esbellez. La belleza de la niña se había convertido en la beileza de la mujer.

Fernando, sin querer confesarselo, sintió an nuevo enamoramiento por Isabel. No se tomó la molestia de pedirie perdón por su abandone. Era como un derecho suyo el poderla tomar o dejar a su capricho. El hijo era como una huella, una marca de esclavítud que él había puesto sobre su cuerpo. Le pertenecía la cria y esto lo haría dueño de la madre. Ella debía transigir con el deber de aceptar al padre de su hija.

Las primeras semanas transcurrieron en ana especie de noviazgo. El, atraldo por la belleza de la madre, que se traducía como cariño a la hija, quiso que vivieran juutos. Su proyecto de formar aquel hogar la entretuvo en los primeros dies para no dejar de ver todo el desencanto con que ella volvia a aquel amor, después de su primer desen-

gaño.

Fernando tenía un modesto sueido de empleado y había de mantener su casa con lo mismo que gastaba en la casa de huéspedes. En realidad no hacía más que cambiar de alciamiento; una patrona bella, capaz de satisfacer todos sus deseos, y una casa de la que se sentía dueño y señor absoluto.

Isabel era, como lo es casi siempre la mujer en los matrimonios de la clase media, ana especie de patrona de casa de huéspedos, ana criada distinguida, una ama de gobierno

para servir al señor.

Así la pobre mujer tuvo que tomar aque-Na criadita treintarrealera para que le hiciese los mandados, lavase los pañales y cuidara de mecer a la niña, a la que ella no podía atender, ecupada continuamente en gnisar, lavar, planchar, coser y arreglar la

casa, sin darse punto de reposo.

No veía a Fernando más que a las boras de dormir y a las horas de comer. Cambiaban pocas palabras sobre las necesidades de la casa o de la niña, a la que criaban con biberones de la Gota de Leche. El no le hablaba de sus proyectos, de sus empresas ni de sus diversiones. Se sentía molesto por el ambiente frío, triste, de la casa de paredes desguarnecidas, desnudos de esteras los suelos, con escasos muebles viejos las habitaciones y más que escaso menaje de vajilla y de lencerta.

A pesar de todos los esfuerzos de Isabel. ia mezquina asignación no bastaba a cubrir gustos. Se esforzaba por ponerie a él principio y por servirie de noche un par de huevos y chuletas con tomate, mientras eliae se contentaban con el cocido solo o con el plato de patatas o judías. Pero el era el hombre, el señorito. Necesitaba el vino, el café, el postre... No le podía faltar el tabaco, y era preciso hacer milagros para tenerle la ropa limpia e impecable. Se enfurecia si le faltaba camisa limpia, o si un cuello no estaba bien planchado, insultando por igual a la criada y a Isabel.

Además, Fernando se bacía exigente, disfrazaba su despotismo con la máscara de los celos. No quería que los visitase tanto Agueda. Aquellas amigotas no eran de su agrado,

-Lo que tengas que decir, me lo dices a mí. No necesitas a nadie más. En casa de mi madre jamas ha habido entrantas ni ralientas.

No se atrevia Isabel a oponerse a sus deseos ni a rebelarse contra su servidumbre ¿Para qué? Estaba segura de que él no la amaba ya. Pasaba noches enteras sin ir a la casa y apenas se dignaba disculparse. Se daba cuenta de que había entre los dos aigo incompatible, compatible solo con la hija. Los dos amaban a la bija; era lo único que los unía. Conforme pasaban los días creien ver en ella nuevos rasgos de inteligencia.

-En cuanto oye la voz del padre vuelva

la cabeza—decía la joren.

—Ayer me oyó y dejó el biberón para mirarme—decía él, ufano,

Ambos se extasiaban cuando, dándole golpecitos en la barbilla, le hacian decir:

--- i Ajooo... !

O reir con esa risa callada de los niños. Se acercaban a la cama a verla dormir.

-Di Dios te bendiga y no la mires mucho mientras duerme, que es malo-adverda la madre.

Fernando sonrefa, sin bacer caso de supersticiones; y solfa preguntar, mirando la carita movible de la pequeñuela, que en su sueño movía los lablos como si mamase o contraía el rostro con gestos de lianto y do

−¿Qué soñará este muñeco?

Un día se lo explicó la tía de Agueda: -Es que se acuerdan de lo que han sutrido para nacer, y por eso Horan.

— Y cuándo rien? —Ven al ángel de su guarda en sueños. Toda aquella contemplación, aquella per sonalidad de la hija que se iba desenvolviendo los esclavizaba. Le bacía a el volver a la casa, y a ella soportar todas las pesadumbres. Se acostumbraba ya a mirar en el hoger un refugio, en el que no tenía que luchar para ganar el austento; como gi todo aquel trabajo no fuese un esfuerzo que mereciese la recompensa. Crefa que trabajar en su casa no era trabajar, y seguia en su vida de domesticidad, mecánica, casi irracional, acostumbrándose a ella, sometiéndose a ella, para perder basta la noción de la 'ibertad.

La vida les dominaba con su fuerza ma-

yor que la de querer separarse.

Y a medida que los días transcurrían, 🛠 se iba sometiendo también a la costumbre, y

sila sentia la necesidad de mantener aquel acgar tan trabajosamente formado. La bija se convertia para ella en una especie de escudo. Por la hija se podría hasta casar. Fernando, que cada día era más extremoso y más amante de la niña, no podría dejar que llegase un día en que ésta preguntase su

nombre y no se lo pudiera decir.

Tendrian que casarse para que Fernandita no se avergonzase en el colegio de sus padres..., y para máz aledante... cuando se aubiera de casar ella. A pesar de que el matrimonio era remachar su cadena, deseaba casarse, firmar su contrato de una esclavitud de que aun podía redimirse; pero el asamiento era una especie de triunfo sobre si y sobre todos. Era el medio de hacer cailar a los bipócritas. A veces pensaba en lo hermoso del gesto de la mujer soltera que con un bijo en brazos desdeñase al amante y supiera vivir sola, ¿Pero como? ¿Podría anzarse a la lucha una mujer pobre con un niño en brazos? Tendría un millón de probabilidades en contra suya. Se babría de resignez, y su única liberación era el matrimonio y se aferraba a la chica, cuidandola con un amor egoista; inquieta siempre de ver desmoronarse toda su vida al contemplar a la nobre niña triste y malucha, como si estuviese maculada para siempre por su nacimiento en la Casa de Maternidad. Tal vez era que ella no amó a la hija lo bastante antes de nacer, que no la cuido entonces bastante. Le había faltado la leche, seca en sus pechos apostemados, para pode la criar. En vez de acallarla con su pecho tenía, cuando no le daba el biberón, que darle a manar aquelle especie de pezón de goma que la engañaba ? la entretenía hasta que le hacia dormirse mnsada y ezhausta de chupar en vano. Parecia que aquella leche de las botellitas de ristal, desificada, descremada, con la prespripción de la hora a que había de tomarla so sentaba bien a la niña. A despecho de todos los cuidados, se la vela cada vez más daquita, las piernecitas secas, el vientre abulcado, los trazos como alillas sin plumas y el pescuezo delgado como un hilo que no pudiese sostener el peso de la cabeza, que se balanceaba de un lado a otro. La carita de un blanco de cera se demacraba hasta tomar el gesto de una cara vieja, y a los ojos tristes parecia asomarse el alma pensativa, alojada alli, que deseaba escapar.

A la pobre madre se la oprimia el corazón. La niña tenta todo el aspecto de esos pajarillos a los que, para que no vuelen. 🦇

des retuerce un ala.

¿Era vivir aquella vida suya desde la muer-

te de Fernandita?

Se le había apagado entre los brazos, por egotamiento de la vida, y se la habian quitado de ellos cuando, cansada de sufrir y llorar, medio entontecida por el dolor, ya no re daba cuenta de nada.

Aquellos días estaba la puerta abierta, y todas lae vecinas, las conocidas, las antiguas

amigas entraban y sallan, atormentandois con sus preguntas y con sus consejos. Cada una le contaba un caso semejante al suyo. una curación milagrosa de un niño desahuciado por la ciencia, y que se salvé con una fórmula sencilia: una untura, una oración.

—Pruébalo...; eso no le puede hacer daño. Ella lo ensayaba todo desesperada, y re-

petia con convicción profunda:

-No..., no...; mi hija se muere. Las amigas la recriminaban. -- Claro! ¡Si a ti te falta la fe!

Otras la decian:

-No te apures, los niños son como la floa de la maravilla, que parece a la noche que está seca, y amanece fresca y lozana.

Pero la niña no se curaba. Se le había acabado la voz y permanecia inmóvil, sin más señales de vida que un gemido debil y profundo que indicaba sufrimiento. A veces, cuando el quejido cesaba, la madre la movia con violencia, asustada de que ya hubiese muerto, y la criaturita abria los ojos, unos ojos tristes, dolorosos, en los que había como una súplica. Era una mirada que se le clavana a la madre en el alma, que se le quedaria alli, que no se le borraria jamas. En aigunes momentos deseaba verla cesar de sufrir, fuese como fuese; pero luego, espantada de esa idea, apretaba el cuerpecitio en-tre sua brazos. No queria que se muriese; mientras tuviese vida, tendría esperanza.

La prendera le pregunto:

-- ¿ills usted devota de la Virgen del Car-

La miró asombrada. —¿Devota…? No...

Ella no tenía tiempo de ser devota de nada. Iba de prisa, empujada fatalmente por la rampa de su vida, y no había tenido tiempo de pararse a contemplar nada en su espiritu. Acogis lo mismo las prácticas religiosas que las eupersticiones de la piedra que come o de la baraja que adivina el porvenir,

-Entonces repuso la mujer-lo que tiene penando a la niña, sin poder separar el almadel cuerpo, es que no ha venido la comadre.

Es menester llamavla.

Cuando Agueda llego, la mirada cruzada con la suya decia todo el cariño que se guardaban, aunque ya no podian vivir unidas. No era ya libre Agueda tampoco. Detrás de ella estaba Joaquín, al que Isabel no habis visto en tanto tiempo. Se dió cuenta en seguido de que los dos estaban unidos por el amor. A pesar de la tribulación del momento, notaba el aire de reposo, de paz que había en ellos. Estaban centrados, completados en una unión extraordinaria de esas en que rara vez se encuentran seres únicos.

Agueda le bizo solemnemente la cruz s su ahijadita, que, como si efectivamente esperase eso y ya hubiera realizado toda la misión de dolor que trajo al a tierra, cesó de

respirar.

No fué cuando se la quitaron ni en los primeros días cuando Isabel sintió toda la amargura de la pérdida de la niña. Estaba tan cansada, tan atormentada, que no se da-ba cuenta. Se dormía rendida, y al despertar buccaba ann a su lado el cuerpecillo. Se despertaba a las horas de darle el biberón y, ya despierta, le parecía escuchar sus gritos y sus lloros. ¡Cómo era posible que una criatura tan pequeña hubiese podido dejar tantos recuerdos, capaces de llenar una vida i

Calmados los primeros arrebatos, cuando ya las gentes oficiosas que habían interve-nido los dejaron solos, Fernando y ella se miraron, como si no se conocieran bien, con una mirada de extrañeza. Se había ido algo de los dos, lo que los ligaba, lo que los mantenía unidos. Veían bien claro que ya no se amaban en si, se amaban en la hija. El amor de la niña, en vez de unirlos, los babía separado; era un amor más fuerte que el suyo, y los dos, en vez de amarse el uno al otro, habían amado a Fernandita ; la bija se había llevado todo el cariño que ellos pudieran profesarse, los había curado de su afecto mutuo, y ahora, muerta elle, era imposibie hacer revivir su ilusion.

Eran penosos los momentos en que tenían que estar frente a frente solos, sin la pantalla de la hija. Se hacían entre ellos los grandes silencios, llenos de indecisión, violentos, en los que aún dominaba en él respeto para la madre de Fernandita, y en ella la resignación de la impotencia y de la costumbre. Fueron las circunstancias materiales que les apremiaban las que provocaron más de prisa la ruptura. Los gastos de la enfermedad y el entierro venían a hacer más aflictiva la situación económica. Se despidió a la muchacha, y la pobre Isabel tomó sobre si todos los quebaceres. Pero durante aquel tiémpo había abandonado la serie de combinaciones con las cuales ocultaba a Fernando la penuria de su bogar. Ahora ella se proponía sujetarse a todas las privaciones para nivelar su situación, pero no les dió tiempo; alarmados los acreedores, la hostigaban, la perseguian, llegaban cuentas y cuentas; gentes a las que no podía despedir; que se obstinaban en ver al señor y gritaban y se insolentaban reclamando lo suyo.

En su desamor, Fernando aparecía tal como era: brusco, seco, dispuesto a no continuar. Le recriminaba brutalmente todas aquellas deudas, que solo representaban el esfuerzo de la pobre muier para sostener la casa sin que nada feitase, echando sobre ella todo el fardo de cuidados, apuros y responsabilidades. El comprendía que los hombres, en sus compromisos, pudiesen contraer deudas; pero no lo concebía en las mujeres. De las recriminaciones pasaron a los insultos, a la injusticia, a los escándalos y los malos tratos, de un modo ruidoso, del que se entera-

ban los vecinos. -Jamãs ha habido una deuda en mi casa-vociferaba él, como si eso hubiese sido un timbre de honor —. Las mujeres buenas y honestas, como mi madre, no contraen una deuda jamás, y menos a espaldas de su marido. No estiran el pie más que hasta donde

Nega la sábana. Contaba cosas verdaderamente asombrosas, por la brutalidad egoista que acusaban, y que a él le parecían muestras de entereza y voluntad. Llegaba a privarse de todos los gustos, a pasar hambre, a no comprar medi-

cinas a un enfermo. Todo antes que contracdeudas.

-Lo que no se puede, no se puede.

Cuanto habia de noble en Isabel protestaba de aquella huminación constante. Muchas veces sentía el desco de huir, de escapar de allí; pero se crefa retenida aún con un deber para con el padre de su hija.

Sin duda, Fernando experimentaba ios mismos deseos de echarla, y se contenía por igual respeto. Aquella vida de desamor, de odic

más bien, no podía prolongarse.

Un dia él salió y no volvió más. Le anusció en una carta que no volvería. Le dejaba la casa con los cuatro trastos viejos, que no bastaban para atender a sus deudas. y con cuya venta no tendría para comer ochedias. Se crefa así un perfecto caballero que podía vanagloriarse de su conducta.

Caminaba lentamente, como si quisiera retardar el momento de la llegada. Otra vez había caminado así, cuando entró en la Maternidad. Le habían buscado colocación en la Agencia. Se necesitaba un ama seca en case de unos burgueses ricachones, y no tuvo más remedio que aceptar aquella servidumbre penosa: tenía que cuidar tres niños mimados y consentidos, que la maltrataban de palabra y de obra. En vez de ser respetada por ellos, había de sufrir todas sus impertinencias, sus faltas de respeto y contribuír a que desde pequeños se creyeran superiores y dominar-

Aceptó su puesto en la mesa de la servidumbre, su camaradería con los criados, que la miraban con recelo al verla tan poco camnuicativa.

-Se creerá que es de mejor casta-comentuba un lacayo, herido por su desvio.

—Tiene humos de señorita—decia la co-

Isabel ocultaba cuidadosamente todo 🙉 pasado; allí era tan peligroso que supieran que en vez de proceder del pueblo procedis de la hurguesia acomodada, como que llegasen a entender algo de su vida anterior.

Había cortado toda clase de relaciones con sus antiguos conocimientos; no sabía nadie donde estaba, ni siquiera Agueda, que era ya madre de un hermoso niño y que había caído en esa especie de egoísmo que domina ante el llamamiento tiránico de la vida feliz y enamorada de los suyos.

Tenta la seguridad de que no la conocertar si la vieran en la calle con el uniforme de ama seca que le bacía llevar la reñora. Aquella especie de librea, con el gran delantal. los largos pendientes y la cofia tan rara, que le

hacian parecer una mascara.

Había acentado aquella vida con esa resignación con que las bermanas de la caridad cumplen sus votos; en su deseo de agradar, de acomodarse al medio, no se daba punto de

Se levantaba temprano para preparar los desayunos de los pequeñucios y las ropitas que ella misma limpiaba y cosía. Los acom-pañaba durante todo el día, prestándose s

sus capriches, les llevaba al Retiro e al Parque del Ceste y se sentaba en un banco, uno de aquellos tristes bancos de las invalidas de ta vida, que habían vuelto a tomar para ella su primitiva significación. Llevaba siempre consigo su labor de crochet o de punto de aguja, destitada a guarnecer la ropa de los niños, en la que trabajaba con un celo que le había granjeado el afecto de la señora, de suyo descontentadiza e irascible.

Los criados la trataban ahora con más respeto, con esa acomodación fácil de la gente servil, pronta siempre a respetar a todo favorito. La Agencia, por el dinero que le babía producido su colocación, había dado todos los informes necesarios al gusto de la ricachona, y ella se había tenido que prestar a la superchería y a aprender la lección que se le daba. Tan buena maña se dió, que no sospecharon de sus palabras, y ya, creyendo saberlo todo, no la inquietaban con nuevas preguntas. Pero cuando trabajaba con tanto ardor, ocultando el rostro con el pretexto de su labor, sin mirar a nadie de los que pasaban cerca de ella, lo hacía dominada por el miede encontrarse frente a alguno de sue en que vivia imponia a la misma arma que de encontrarse frente a alguno de sue en que vivia imponia a la misma arma que de encontrarse frente a alguno de sue en que vivia imponia a la misma arma que de encontrarse frente a alguno de sue en que vivia imponia a la misma arma que en que vivia imponia a la misma arma que bre todo, la aterraba el volverse a encontrar frente a Fernando. Hubiera deseado verlo, nero estando ella bella y triunfante: no así humillada y envilecida. A veces pensaba que verla ast debta ser una vergüenza y un remordimiento para el, que le había hecho 2 perder su colocación en el bazar y había desa hecho su vida, privandola hasta de la esperanza de hallar a su paso un amor honrado. Seguia bella, más bella que nunca; con

su cuello erguido, su cabeza de facciones noblea, con su corona de cabellos castaños y sus ejos color tabaco, tan sofiadores y tan dulces. Su cuerpo se había formado, su talle adquiría esa elegante redondez que no tienen las niñas; ado despertaba esa fácil simpatía que sigue el paso de la hembra, y aún al pasar sonaban frases de amor en sus oidos. Pero Isabel no quería ofr aquellas frases. Tenfa ya el desencanto del amor, sin haber amado en realidad, y la desconfianza de todos los amores. Su uniforme de ama seca la revestfa de la castidad de un habito que la alejasé

de todas las pasiones.

Amaba a los niños, y confundia con la imagen de Elvirita, la niña menor, la imagen de su hija. La segula con mirada triste en sus juegos, siempre absorta en el recuerdo de lo que hubiera sido su hija a so edad; y luego al acostaria, al bañaria, al rodearla de cuidados y mimos, sentía cierta pena, cierto desconsuelo, al pena roue en bija no hubiera podido distrutar an llos cuidados. Si viviera, sería una niña anômica. débil sufriente, destinada a desearle todo y a carecer de todo...; y si passon de la in-fancia, ¿que sería de su juventud?

La mujer, por ser mujer, era siempre desgraciada. Tenta que estar dominada por la esclavitud de su sexo. Se vela hasta en casa de la sessorona. Esta, joven y bella, soportaba la misma vida, la misma soledad moral que sufría ella cuando vivió con Fernando. El sellor era brosco, indiferente, apenas paraba en la casa ni se ocupaba de su mujer. Ella parecía tranquila e indiferente; era como una muñeca llena de vanidades, desde la vanidad de la toilette hasta la vanidad de la filantropia. Ocupaba su vida en todo aquello porque su vida estaba vacia y no podía ocuparla en los grandes ideales, para los que no estaba capacitada. Por ser muler, todo se hacía pequeño en ella: hasta la misma caridad se tornaba en sus manos un juego. Habia que valerse de fiestas: abonos de teatro, bailes, tombolas para excitar la caridad de los demás. Había que recurrir a los hombres que les dieran los medios para su obra, desplegando para conmoverlos sus tristes preeminencias de mujer que parece que se da y se ofrece siempre que pide o suplica.

Escuchaba contar entre las criadas escandalosas aventuras de su amo. Aseguraban que la señora las sabla y que le eran indiferentes; pero creia que no debia ser asi, porque algunas mañanas al entrarle los ninos para que los besara la veía con los ojos enrojecidos y el rostro palido, y adivinaba en ella el callado sufrimiento que la sociedad la hería; pero no se comprendería la pasión, les celes, el amor al marido, que la pondría en ridículo. No se comprendía que se amara al marido ni al amante.

Esa sería Inego la suerte de la pobre niha: seria mejor no hacerle conocer horizontes más amplios y aspiraciones más 20bles para tropezar con la vulgaridad, con la impotencia, con su misera condición de mujer.

Ya desde pequeños, en su misma casa, estaba establecida la designaldad. Diegnito dominaba a las dos niñas, Marta y Elvira, que tenian que ceder a sus caprichos. El niño era travieso, autoritario, despótico, se bacía servir de las hermanitas, a las que maltrataba si no le obedecian y las obligaba a ceder. Lo raro era que no solo el padre, siño la madre daban siempre la razon al niño. El era el hombrecito, el heredero, teata mas alta mision que cumplir y merecia

oltas consideraciones. Era la idea de la importancia del hombre que se les inculcaba desde niños. ! Cómo iban'a ser justos con las mujeres si se educaban en un hogar donde reinaba la iniusticla y vefen tratadas a las madres en un

plano secundario e inferior?

Perduraba el concepto del hogar latino. con el hombre duello y señor, sin saber hacer un uso insto y ecuanime de su soberania. Las pobres mujeres estaban acostumbradas a obedecer sin discutir.

La ricachona, aparte sa vanidad v endicsamiento, era una mujer disna y discreta. Tina mafiana Isabel serprendió una conversación con una de sus amigas intimas, que

le aconsejalia una dulce venganza;

ring so ring yar 🛊 🛊 🗨

- Para que?-habia respondido la segora- No vale la pena de cambiar. Casi todos son lo mismo, y, al fin y al cabo, mi marido me estima. Los otros no me estimarian Moniera.

Había llevado los niños al teatro de polichinelas en aquella tarde lluviosa, y los acompañaba ya a su casa oyendo los comentarios de los pequeñaelos respecto a las comedias hechas por aquellos muñecos que tomaban tanta vida en su representación.

Era lo que más la molestaba de todo aquellas tardes en que tenfa que llevar a los nifios al teatro o al cinematógrafo. En el primero tenfa miedo de eucontrar a personas que la conociesen: en el segundo hallaba demasiados recuerdos: el recuerdo de su primer beso. ¡Si encontrara a Fernando acompañando a otra!

A veces sentía el deseo de verlo, fuese como fuese. La aterraba pensar que dentro de algunos años ya sería Fernando un desconocido para ella, y que podrían verse dentro del olvido, de la indiferencia después de sus días de pasión. Era cruel sobrevivirse después de una crisis así.

Tal vez su miseria, obligandola a la lucha, liberandola de la costumbre, la había

salvado de la desesperación.

Cuando entro en la calle donde vivían sus amos oro un clamor de multitud, ese chillerío de los muchachos que antecede a todo tumulto o manifestación.

Corrió a ponerse delante de las niñas, que se agrupaban contra ella, asustadas de los gritos y del bullicio. Estaban casi bajo los balcones de su casa, pero no podían entrar,

detenidas por la muchedumbre.

Por el centro de la calle avanzaba una mujer que, más bien que andar, se arrastraba, sujeta por dos guardias que la mantentan derecha, impidiendo que cayese cuando sus piernas se doblaban, sin poderla sostener. El cuerpo, sin fuerza y sin voluntad, iba de un lado para otro, en ese balanceo de los que andan marendos sobre las cubiertas de los barcos, y arrastraba en sus bandazos a los dos guardias, provocando la risa y la chacota de los chicuelos y mocetones que la seguian.

Se veia bien claro que era una borracha. Su ropa sucia y desgarrada, su cabello colgando, su cara congestionada e idiota, con ese aire de estupidez de los alcoholicos, y sus ojos brillantes y sin expresión, con una brillantez de vidrio, decian bien claro la em-

briaguez que la dominaba.

Su labio inferior se habín convertido en belfo, y su voz desgarrada, opaca, tenía el acento monotono, mecánico, de fonografo descompuesto que tiene la voz de los horrachos.

A veces trataba de reaccionar, por un débil instinto de dignidad casi apagada por la borrachera, contra los insultos que le di-

rigian en torno suyo.

—; Borracha!

— Yo borracha! Jamás... Jamás... Es verdad que he tomado una copa de pardillo...; a mi me gusta una copa de pardillo como a cada quisque. L'Verdad. guardias?... Es un picaro este pardillo... Se sube a la cabeza y calienta el estómago...: es la sangre de los pobres que no comen carne. ¿Verdad. guardias...?

Sintio Isabel una gran comiseración hacia la pobre mujer. Sin disculpar su falta se le hacía simpática al verla perseguida de aquel modo por todas aquellas gentes que parecían una trailla de perros hambrientos y rabiosos como contra su propia madre.

Todo el mundo se burla de ellas, las acosa, contribuye a exaltar su locura o sus vicios. Nadie las salva, las cubro, las esconde. ¿No era ésta una falta que debían reputar todos como cometida por ellos?

La pobre borracha que pasaba gritando con su voz estridente, aguda, esa voz que atraviesa toda el alma, (merecía un trató más cobarde, más ensañado que el que merecen los borrachos? No. Y, sin embargo, en ella se cebaban más; la mordian más los chicos, la excomulgaban más todas las gentes.

Notaba una vez más el ensañamiento con la mujer. Aquella misma tarde en el teatro guiñol, de donde venían, a través de la comedia ingenua, había visto el mismo ensañamiento contra las mujeres, y hacía pocos días, viendo un ventrilocuo, había visto ese mismo sentimiento refiejado en el tipo de la muñeca del ventrilocuo, que sufre todas las groserías del muñeco de al lado; haciendo refr a todo un público que parece ansioso de burla de mujer, de escarnio de mujer, de gitanerías, en las que insiste el muñeco, representante de los hombres, como la muñeca lo es de todas las pobres mujeres descalabradas y burladas.

¡Oh! Si ella hubiese tenido una casa suya, con cuanto gusto hubiera abierto la puerta a la infeliz borracha para librarla de todos; de los guardias, que se refan de ella en vez de defenderla, y de aquella multitud que la perseguía. Hubiera librado a aquella multitud de su propia vergienza.

Los niños, animados y repuestos ya de su susto, al saber lo que sucedía, unfau también sus vocecitas a las voces de los otros para gritar a coro:

-Borracha, borracha, borracha.

Al ver a aquellos niños bien puestos, rozagantes y ricos insultar a la pobre mujer, no pudo Isabel contenerse, y olvidando su situación. levantó la mano y la descargó sobre el niño mayor y después sobre los otros: les pegaba con fuerza, secamente con deseo de hacerles daño, haciéndoselo. No podía contenerse; saltó sobre su hipocresía de todos los días: perdió la paciencia, que no le habían becho perder las malas intenciones embozadas, las ruindades encuantables ni la atmósfera de mezquindad del palacio de los ricachones; lo que todo aquello no había podido hacer, lo logró el grito en que los niños aristocráticos y distinguidos se unian a todas las gentes que hacían befa de la borracha.

Les pego con un desco de justicia, de grabar en ellos una lección, un recuerdo que los hiciese mejores en lo sucesivo, de un

modo seco y silencioso.

Pero los niños lloraron con locura, no solo por el dolor, sino por la soberbia herida de verse así tratados por la sirviente, de quien tenían un concepto tan inferior.

Era inútil querer acallar aquellas barraqueras ruidosas, e inútil tratar de consolarlos; los llevó a su casa casi a rastras, deseosa de que sucediera lo que había de suceder y de que se desenlazase su situación.

El final tenn que llegar. Fué breve.

La senorona se indigno del trato que aquelia mujer, consuderada tan interior, le habia dado a sus injos. Su marido se unió a ella, por unica vez, con entusiasmo, unanimes los dos en las palabras inmundas y en los desprecios enconados.

dilla entonces se rebeló aún más, y como una venganza y una justificación les lanzó al rostro toda su historia, de un modo entrecortado, incoherente; poniendo de manifiesto su engaño, su decadencia, la indignación que había surrido día a día.

Pero eilos no se commovieron; tenian que ofenderia aún más y la dejaban habiar demasiado, como si esperasen la revancha. No la atendian, y, sin embargo, se enteraban del fondo de su relato, aunque no del comentario. Buscaban la manera de deducir

nuevas acusaciones contra ella.

De pronto, Isabel guardo silencio. Su mucha experiencia, dominando su indignación, le hizo conocer que sería inútil cuanto hiciese. Se dió cuenta de que estaba ante dos de los traidores del drama sociai; ante dos de los muchos que lo provocan y lo corrompen; ante dos de esos en los cuales se apoyan los otros para seguir su moral fácil de seres dominadores que se imponen y mantienen en provecho suyo todos los prejuicios y todas las tiranías. Aquella idea le quitó la fuerza y le secó la boca.

Tragandose el Adios final, salió del salón y se fue hacia su cuarto, seguida de la doncella, que la miraba recelosa, como si de pronce de la convertido en un ser extraño a la casa y se temiese que se pudiera lievar

aigo.

Todos los criados parecían haber hecho causa común con los señores frente a ella. La veían marcharse sin decirle una palabra amiga, no sólo por su egoísmo, sino por su convencimiento del respeto y de la sumisión; los irritaba aquella diguidad que veían en Isabel, y que no eran capaces de secundar.

Metió en su baûl todo lo que tenía fuera, lo metió con prisa, con urgencia, como quien va a perder el tren y almacena el equipaje a empujones y a puñetazos; ahogándolo todo, chafándolo, dejándolo inservible, pero salvándolo de que se quedase; tuvo que sufrir la humillación de que las otras criadas registrasen su baúl, llenas de desconfianza. Cumplido este requisito, le echó la llave y tiró con arrojo del baúl, abriéndose la mano con el filo del agarrador de hierro, presurosa y deseando salir de allí. Lo arrastro hasta el descansillo de la escalera de servicio y dió un portazo a la puerta, sin decir adiós a to-

dos aquellos compañeros de servidumbre que la miraban irónicos o ceñudos sin prestarle ninguna avuda.

Liamó a un mozo. Era necesario saiir del gran portal, de donde aún podrían arrojar-la. Pasó bajo les balcones de aquella casa que dejaba, con miedo de que le tirasen aiguno de aquellos pesados muebles odiosos, de los cuales le gustaba también huir.

Sentia la hostilidad que dejaba en pos suyo, capaz de arrojar algo sobre ella para matarila. Solo cuando hubo doblado la esquina se repuso. Le había dicho al mozo que la siguiese. ¿Pero adonde iba?

Ya no tenía solución. Volver a la agencia era inútil, después de su acto de rebeldía. Ya no podía tampoco acariciar la idea de una gran casa. Además, tenía miedo de las grandes casas. Por lo pronto hacía falta refugiarse en alguna parte. Pensó en el refugio más pobre, en aquel refugio al que no creyó recurrir nunca, contra el que había hablado siempre, pero al que no había más remedio que ampararse, porque ya esta vencida. Su dignidad, su altivez habían dado su última luz, y ahora le tocaba callar, seguir su caída, sin esforzarse en sostenerse ni retardarla, puesto que el esfuerzo era lo único doloroso.

—Mozo, vamos al Colegio de Criadas. Enderezo sus pasos detrás del pobre hombre que llevaba su baúl a cuestas hacia aquella casa donde se acogían las mujeres en su postrer abandono, cuando tenían que ampararse de la hipocresía y renunciar a toda idea de personalidad para salvar la vida a

idea de personalidad para salvar la vida a costa de la humillación que hace comer todos los días los grandes cucharones de bazofia.

Y aun aquello, con ser tan malo, estaba rodeado de certidumbre. Aún podía eucontrarse más desesperada, más caída, en la prostitución y la mendicidad. Había vencido todas sus repugnancias para asirse al último amparo, y tendía la mano para llamar a la querta de aquel asilo. ¿La recibirían? Esta duda le hacía tembiar; pero su mismo temor le hizo sentir una reacción brusca. Si la rechazaban, Euscaría otro camino, fuese el que fuese...; quería vivir, vivir; ya que no podía triunfar, viviría sometida; pero viviría con la embriaguez sublime de vivir. Con aquella desesperada resolución pareció tranquilizarse.

Al poner la mano en el llamador tomó ese aspecto agazapado, ruin, transigente de la que ha sido ya atontada a golpes, hundida y machacada. Ya hasta colaboraría en la manera de opinar de todos; ya soportaría el trabajo que había huído de aceptar antes en los hogares burgueses, soportaría a las señoras burguesas; se apagaba vencida su dignidad, su hermosa rebeldía insostenible. Había llegado al final de la rampa. No

Había llegado al final de la rampa. No sentía la violencia del ir cayendo. Estaba en el fin, en el extremo, en el momento de poderse sentar, aunque definitivamente vencida.

## Carmen de Burgos «Colombine».

## Servicios de la Compañía Trasatlántica

### Linea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

### Linea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; empreadiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

### Linea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Malaga y de Cadiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

### Linea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curação, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Caparias, Cádiz y Barcelona.

#### Linea de Fernando Póo,

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cadiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Poo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

#### Linea Brasil-Plata,

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Linea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admíten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy comodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA ...
OPORTUNIDAD

Dibutación de Almería — Bibliot<u>eca. Rampa, La., p. 26.</u>



DIGEST ASEGURA UNA BUENA DIGESTIÓN Y CUPA TODAS LAS ERMEDADES DEL ESTÓMAGO EN CAJAS DE Un sello 0.30 3.00 112 sellos

DIGESTIVO 9405 EN MEQUEÑOS

Todas estas enfermedades desapa-

recen por el uso regularizado del

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

# Los Muchachos

Están preparando

### **GRANDES** CONCURSOS

v muchas novedades.

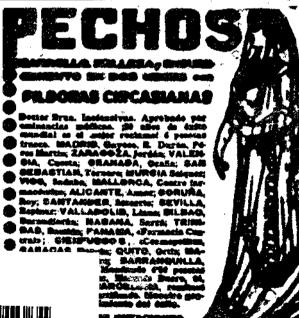
Compradios todos los

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-ram



1001343



1001343

